



ARCHIVOS DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE VALLADOLID

VOL. 1
NÚM. 2
AÑO 2019

UVa





ARCHIVOS DE
LA FACULTAD DE MEDICINA
DE VALLADOLID



VOL. 1
NÚM. 2
AÑO 2019

DIRECTOR:

Prof. Carlos Vaquero Puerta

REDACTORA JEFA:

Prof. Asunción Rocher Martín

EDITA Y DISTRIBUYE:

**Facultad de Medicina
de Valladolid**

Avda Ramón y Cajal, s/n
47005-Valladolid. España

CONSEJO EDITORIAL:

Prof. José Fernández Gómez

Decano de la Facultad de Medicina

Prof. M.ª Isabel Alonso Revuelta

Secretaria Académica de la Facultad de Medicina

IMPRIME:

Gráficas Gutiérrez Martín

www.med.uva.es

DL VA 15-2019

ISSN 2659-367X

Valladolid. España

**La Revista no asume el contenido
de los diferentes artículos que
son responsabilidad exclusiva de
su autor.**

SUMARIO

- 1** EDITORIAL
Por Carlos Vaquero Puerta 2
- 2** AMATO LUSITANO (1511-1568), UN PIONERO EN LA PRÁCTICA CLÍNICA RENACENTISTA
Por Victoria Recio Muñoz 3
- 3** APRENDIENDO DE LOS MÉDICOS
Por Fernando Manero 7
- 4** EL MICROBIOMA HUMANO: PROMESAS POR CUMPLIR
Por Eduardo Arranz 10
- 5** EMBARAZO EN LA MEDICINA TRADICIONAL. REFLEXIONES MÉDICO-HISTÓRICAS
Por Félix J. de Paz Fernández 14
- 6** QUINCE AÑOS DE OLMEDO CLÁSICO
Por Germán Vega 18
- 7** LA CURIOSA HISTORIA CLÍNICA DE UN PACIENTE CON ÚLCERA VARICOSA ESCRITA EN VERSO
Por Carlos Vaquero Puerta 22
- 8** LA FACULTAD DE MEDICINA EN LA VECINDAD DE PEDRO DE LA GASCA
Por Javier Burrieza Sánchez 24
- 9** LOS OCIOS MÉDICOS DEL BACHILLER VICENTE PÉREZ DE LA PORTILLA (Ca. 1795)
Por José Manuel López Gómez 28
- 10** PROF. GÓMEZ BOSQUE. CATEDRÁTICO DE ANATOMÍA
Por Carlos Vaquero Puerta 31
- 11** RESURRECCIÓN (PARTE II)
Por Ana Sánchez García 35
- 12** SANTA CRUZ (1975-1980): UN COLEGIO MAYOR SINGULAR
Por Arcadio Gual 37
- 13** AGUSTÍN JIMENO VALDÉS: ITINERARIO VITAL DE UN PSIQUIATRA HUMANISTA
Por Natalia Jimeno Bulnes 42
- 14** UN MOMENTO CRÍTICO EN LA VIDA DE UNAMUNO
Por Rafael Serrano García 46
- 15** FÉLIX RODRÍGUEZ DE LA FUENTE...
Por José Manuel Fradejas Rueda 49

DESARROLLANDO EL NUEVO PROYECTO: ARCHIVOS DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

Carlos Vaquero Puerta

[Catedrático de Cirugía | Director de los Archivos de la Facultad de Medicina de la UVa]



*Escudo de la fachada
de la Universidad
de Valladolid*

No está siendo difícil seguir desarrollando el proyecto de editar una Revista propia e identificativa de la Facultad de Medicina de Valladolid, como son los **Archivos de la Facultad de Medicina de Valladolid**. Parece ser que todo médico guarda en el fondo un perfil de escritor y que con un ligero estímulo se puede hacerlo aflorar. Posiblemente estamos saturados de la participación en revistas de perfil científico, que teniendo por otra parte la obligación de publicar en ellas por la lógica necesidad de transmitir el conocimiento, a veces esta actividad conlleva cierto agobio al deber hacerlo en revistas de máxima difusión internacional y reconocimiento científico. Los Archivos, tiene otro perfil distinto, permite la expresión humanística o literaria de los que quieran participar en ella y que se sienten universitarios. Puede representar el receso en el camino

profesional, la posibilidad de transmitir algo en donde a veces es difícil encontrar el foro, y por otro lado plasmar opiniones o inquietudes. La revista sigue mostrándose en este segundo número como vehículo de trabajos de muy variado perfil y contenido, pero que precisamente esta variabilidad además de enriquecerla, la puede hacer más atractiva y sobre todo entretenida. Seguro que el lector encontrara cosas curiosas, hechos anteriormente desconocidos, semblanzas curiosas de personajes o incluso permitir el descubrimiento de facetas de compañeros que nos precedieron. Sigue el proyecto adelante, estamos seguros que se incrementaran las aportaciones a medida que la revista se vaya conociendo y por ahora lo cierto es que ya hay personas trabajando para los próximos números que podrán mantener viva una Revista de todos e integrada en la Facultad de Medicina. <<

AMATO LUSITANO (1511-1568), UN PIONERO EN LA PRÁCTICA CLÍNICA RENACENTISTA

Victoria Recio Muñoz

[Profesora del área de Historia de la Ciencia de la Facultad de Medicina
y miembro del GIR *Speculum medicinae* de la UVa]

El estudio y la edición de textos médicos antiguos, medievales y renacentistas es el objetivo fundamental del G.I.R. *Speculum medicinae*, formado por profesores del Departamento de Filología Clásica (UVa) y dirigido por la catedrática Ana Isabel Martín Ferreira¹. Tras dos decenios dedicados a la elaboración del *Diccionario Latino de Andrología, Ginecología y Embriología*, léxico especializado basado en un *corpus* de más de 150 textos y que comprende un arco temporal que abarca desde el romano Celso (s. I d. C.) hasta el portugués Rodrigo de Castro (1603), la investigación de nuestro G.I.R. se centra ahora en la edición de las *Curatationum Medicinalium Centuriae* del médico portugués Amato Lusitano (1511-1568), texto clave en la medicina clínica del Renacimiento². Comprender una obra implica también conocer el contexto del autor, lo que en el caso de Amato resulta de todo punto necesario teniendo en cuenta que su azarosa vida condicionó enormemente su labor como médico y estudioso.

1. Biografía de Amato Lusitano

Amato Lusitano es en realidad el pseudónimo de João Rodrigues, natural de la ciudad portuguesa de Castelo Branco en la comunidad de Beira Baixa³. Nace en 1511 en una familia



Estatua de Amato Lusitano en Castelo Branco, su ciudad natal

judeoconversa de comerciantes. Pertenece, por tanto, a la segunda generación de «cristianos nuevos» tras el edicto de expulsión de los judíos que promulgó en 1497 el rey Manuel I, casado con Isabel de Aragón, hija de los Reyes Católicos.

Estudia en Salamanca, ciudad de prestigio intelectual, donde se gradúa como Bachiller de Medicina en 1532. Entre otros, tiene por colegas a futuros renombrados personajes como Andrés Laguna (ca. 1511-1560) o García de Orta (ca. 1500-1568). Tras finalizar sus estudios, se establece en Portugal y ejerce como médico en Lisboa, Coimbra y Santarem.

Durante el reinado de João III (1521-1557) empieza a respirarse un clima de hostilidad hacia los «cristianos nuevos» que culmina en 1536 con el establecimiento de la Santa Inquisición en Portugal. João Rodrigues, consciente de que la situación se estaba volviendo complicada y

¹ Toda la información sobre proyectos y publicaciones de este G.I.R. se encuentra en: <http://speculummedicinae.uva.es/>

² En el seno del Proyecto de Investigación «Estudios de medicina práctica en el Renacimiento: Las Centurias de Amato Lusitano II», subvencionado por la Agencia Estatal de Investigación del Gobierno de España (ref. FFI2017-82381-P) y por la Junta de Castilla y León (ref. VA099G18) se han publicado numerosos trabajos entre los que destacamos el monográfico «*Medicus artifex sensualis*. Teoría, praxis médica y literatura en el siglo XVI: Las Centurias de Amato Lusitano y su entorno» *e-humanista. Conversos* 7 (2019), 1-97 y el libro *Praxi theoremata coniungamus. Amato Lusitano y la medicina de su tiempo*, M. A. González Manjarrés (ed.) (en prensa).

³ El nombre de Amato Lusitano bien puede entenderse como un pseudónimo o criptónimo para desligar sus obras de su nombre real o bien, como señalan algunos investigadores, se trata del nombre de su familia paterna, los Amado, en hebreo Habib.



Portada de la Centuria prima publicada en Florencia en 1551

quizás a instancias de su tío Henrique Pires, prestigioso mercader eborense, se marcha a Amberes poco antes de octubre de 1534, dos años antes del establecimiento del Santo Oficio, una fecha controvertida⁴, pues hay datos en su propia obra que apuntan a que por entonces aún residía en Portugal. En Amberes se había establecido el llamado *Consortio de la pimienta*, al que pertenecía su propio tío Henrique y otros judeoconversos. A los integrantes de este consorcio les debemos la creación de una red de base comercial, pero también cultural y religiosa entre las principales ciudades comerciales europeas. No cabe duda que ante la inestabilidad que se vivía en Portugal, Amberes era el lugar idóneo para el joven João. Allí, además de ejercer como médico, publica,

probablemente por su interés en botánica y por el contacto con las especias con las que comerciaba su tío, su primer libro en 1536, el *Index Dioscoridis*, un comentario a los dos primeros libros del *De materia medica* de Dioscórides, obra cumbre de la botánica antigua.

Sin embargo, a finales de la década de los treinta Flandes deja de ser un sitio seguro para los conversos debido a las presiones de la regente María I de Hungría y de su hermano Carlos I, por lo que muchos mercaderes cristianos nuevos se ven obligados a emigrar a varias ciudades italianas (Ancona, Ferrara, Venecia), entre los que están Henrique Pires, su hijo Diego y, por supuesto, nuestro João Rodrigues.

La elección de Ferrara por parte de la familia Pires no fue casual. El Duque de Ferrara, Ercole II d'Este, intentaba atraer a los portugueses que vivían en Flandes con la promesa de libertad religiosa a cambio de que hicieran de Ferrara una próspera ciudad comercial. No debió ser un viaje fácil, no solo por la distancia y las dificultades del propio trayecto (cruzar el Rin en barcazas, atravesar los Alpes, etc.), sino también por razones burocráticas (redacción de salvoconductos, reuniones con los funcionarios del imperio, etc.)⁵. Se fecha la llegada de João junto a su tío y otros miembros de la llamada *Nación portuguesa* en 1540. Al año siguiente nuestro joven autor está ya impartiendo clases de medicina en la Universidad de Ferrara.

Las desavenencias comerciales entre los Pires y Ercole II d'Este provocaron el traslado de estos de Ferrara a Ancona, otra ciudad portuaria y con un gran tráfico comercial, aunque en este caso dependiente de los Estados Pontificios. João concluye el contrato en la Universidad de Ferrara y en mayo de 1447 se establece en Ancona. En este tiempo viaja a Venecia y entre sus pacientes se constatan algunos de renombre como Diego Hurtado de Mendoza, embajador del emperador Carlos I. Allí conoce también a Beatriz de Luna (Gracia Nasi), «la Senhora», hija de judíos castellanos y viuda del mercader portugués Francisco Mendes, quien dedicará su vida a ayudar a refugiados judíos perseguidos por la Inquisición.

⁴ ANDRADE, A. M. Lopes, «As tribulações de Mestre João Rodrigues de Castelo Branco (Amato Lusitano) à chegada a Antuérpia, em 1534, em representação do mercader Henrique Pires, seu tio materno», *Medicina na Beira Interior - da Pré-História ao século XXI. Cadernos de Cultura* 23 (2009), 7-14.

⁵ ANDRADE, A. M. Lopes, «De Antuérpia a Ferrara: o caminho de Amato Lusitano e da sua família», *Medicina na Beira Interior - da Pré-História ao século XXI. Cadernos de Cultura* 25 (2011), 5-16.

En Ancona se dedica plenamente a la práctica de la Medicina y a la redacción de sus obras. Atiende a pacientes notables como el prior de los dominicos, a la hermana del papa Julio III y a su sobrino, que por entonces era gobernador de Ancona. El 1 de diciembre de 1549 termina la primera *Centuria*, que firma bajo el pseudónimo de Amato Lusitano y que dedica a Cosme I de Medici, quizás en la idea de congraciarse con él y conseguir un puesto de profesor en el ateneo de Pisa. En 1550 es llamado a Roma para tratar al propio papa Julio III de una dolencia cuyos síntomas y tratamiento coinciden con los de la sífilis, aunque nunca llega a mencionar la enfermedad como tal. Tras una estancia de varios meses en Roma, vuelve a Ancona donde publica la *Centuria secunda* en 1552 y en 1553 sus *Enarrationes In Dioscoridis de materia medica libros quinque*, un comentario al *De materia medica* de Dioscórides, más extenso que su *Index Dioscoridis* de 1536.

En agosto de 1555 se refugia en la ciudad italiana de Pesaro para huir del clima de inestabilidad que empezaba a respirarse con el ascenso al poder del nuevo Papa Pablo IV, Gian Pietro Carafa, hombre de la Contrarreforma y de la Inquisición. En su huida, Amato pierde además de gran parte de sus bienes (sus preciosas vestimentas, su servicio de mesa, sus arcas, etc.), su *instructissimam bibliothecam*, el manuscrito de su quinta centuria (que recuperará posteriormente) y un comentario a la traducción de Avicena realizada por Jacob Mantino. Amato, una vez más, consigue escapar al arresto de judíos conversos, algunos de los cuales serán condenados a la hoguera entre abril y junio de 1556.

En el año 1556 se establece en Ragusa, la actual Dubrovnik, una pequeña república bajo la protección de sultanes otomanos. En ese año se publican las Centurias tercera y cuarta en una edición conjunta y será en esta ciudad donde termina su Centuria quinta, comienza a escribir la Centuria sexta y retoma su actividad como médico.

A finales de 1558 o principios de 1559 abandona Ragusa. Desconocemos la causa, pero es probable que tomara esta decisión tras la publicación de una *Apologia adversus Amathum Lusitanum* por parte del sienés Piero Andrea Mattioli, también comentarista del *De materia medica* de Dioscórides. En ella además de plagio acusa a Amato de apóstata y



Portada de la *Centuria secunda* publicada en Venecia en 1552

criptojudío. Esta acusación junto a las rivalidades profesionales que sufría pudieron ser la causa de su partida hacia Salónica, ciudad gobernada por sultanes otomanos en la que estaba asentada una gran comunidad hebrea. Bajo la protección de José Nasi, sobrino de «la Señora», al que dedica las Centurias quinta y sexta, abraza abiertamente el judaísmo. En Salónica data por primera vez de forma mixta (año 1559 y 5319 de la creación del mundo) la Centuria sexta y publica la que será su última obra, su Centuria séptima.

Muere el 21 de enero de 1568 a causa de una epidemia de peste que él mismo atendía como médico. Su primo el poeta Diego Pires le dedicó un epitafio.

2. Amato Lusitano, un pionero en el estudio de casos clínicos

Amato publica en siete volúmenes 701 *curationes* o casos clínicos –hay una numeración repetida en la primera Centuria– fruto de su

experiencia como médico en las ciudades en las que vivió (Ferrara, Ancona, Roma, Ragusa y Salónica). Como huella de su labor previa decide empezar con un caso acontecido en Portugal (una muchacha mordida por una víbora), otro en Bélgica (la mujer de un centurión que sufre de cólicos) y otro en Amberes (un procurador afectado de fiebre terciana).

La importancia de sus Centurias es doble. En primer lugar, destacan por el género literario al que pertenecen. Desde la Antigüedad hasta finales del siglo xv la literatura médica se había centrado no tanto en el paciente, sino en la enfermedad como tal. Así lo observamos en los llamados compendios médicos o «prácticas» en los que se describían las causas, los síntomas y la terapia de una serie de patologías ordenadas *de capite ad calcem*, de la cabeza a los pies. Es cierto que entre los siglos xiv y xv empieza a cobrar importancia el género de los *consilia*, consejos específicos para un individuo concreto aquejado de una dolencia, pero será a partir del siglo xvi cuando el eje central del texto médico sea el enfermo, sus propios síntomas y su terapia personalizada dando lugar a una nueva tipología que se conocerá como *observationes*. La obra de Amato, por tanto, ha de considerarse el antecedente directo de este género, pues sus *curationes* no son más que casos clínicos individualizados, es decir, descripciones de pacientes aquejados de una gran variedad de patologías en las que predominan, sobre todo, las afecciones relacionadas con la sexualidad (esterilidad, partos difíciles, sífilis, etc.) y las fiebres, entendidas no como un síntoma, sino como una enfermedad en sí misma. Sorprende, incluso, la presencia de casos «controvertidos» como el embarazo de una mujer virgen, el furor uterino que sufrió la madre superiora de un convento –una *curatio* que será censurada, pues se eliminará la condición religiosa de la paciente–, un supuesto caso de hermafroditismo⁶, el embarazo de una mujer que tras tener relaciones sexuales con otra se quedó encinta del marido de esta, la sordera de un paciente provocada por un supuesto encantamiento de una prostituta a cuyo juicio acudió Amato en calidad de «perito»⁷, etc.

La segunda razón por la que las Centurias resultan tan relevantes es que constituyen un

excelente retrato de los enfermos que atiende: personas de toda índole y rango (religiosos, poetas, maestros, zapateros, herreros, marineros, pescadores, pobres de solemnidad, etc.) y de toda nacionalidad (mercaderes residentes en Ancona, Ferrara, Venecia o que están de paso desde ciudades como Constantinopla, Salónica o Alejandría e incluso de tierras tan remotas como Terranova o la India). Todo ello convierte a las Centurias en una rica fuente de información para Historiadores de la Medicina, pero a la vez ofrece motivos de reflexión para muchas otras disciplinas.

La estructura de cada *curatio* se compone de dos partes bien diferenciadas: el caso en sí, de diversa longitud, en el que se describe al paciente (edad, procedencia, constitución), los signos que presenta y la terapia que se le administra (fármacos, dieta, emplastos, flebotomías, etc.). Le siguen los *scholia*, una serie de comentarios en los que realiza un *excursus* sobre lo que opinaban las autoridades clásicas, medievales o contemporáneas sobre el tema tratado. A menudo refleja debates y polémicas candentes en su época que le sirven no solo para demostrar su erudición sino también para reivindicar su lugar en la Medicina del momento. No olvidemos que por entonces los médicos eran también filólogos, es decir, compaginaban su práctica clínica con la edición, la traducción y el comentario de la literatura médica antigua.

En suma, su obra fue un *best seller* para la época como así demuestran las numerosas ediciones, individuales o conjuntas, que se hicieron de ella en las imprentas más prestigiosas de Europa (Florencia, París, Basilea, Venecia, y Lyon, entre otras). Además, Amato pasará a la posteridad por ser uno de los primeros en aunar erudición libresca y experiencia clínica. Este hecho unido a su afán didáctico, su sensibilidad a la hora de tratar a los pacientes, así como el rechazo a la hechicería y la superstición en el campo científico lo acreditan como un médico «moderno». Esperamos que la edición y la traducción de su obra al español contribuyan a valorar su papel en la Historia de la Medicina y a otorgarle el reconocido mérito que se ganó tras una vida difícil llena de vicisitudes. <<

⁶ DE LA ROSA CUBO, C. y MARTÍN FERREIRA, A. I. «La sexualidad ambigua: un caso clínico heterodoxo en la obra de Amato Lusitano», *e-humanista. Conversos* 4 (2016), 194-211.

⁷ ACOSTA ARMAS, E. *Medicina forense y racionalismo médico: edición, traducción y comentario de la curatio 6.87 de Amato Lusitano*. Trabajo fin de máster. Valladolid: 2017.

APRENDIENDO DE LOS MÉDICOS

Fernando Manero
[Catedrático Emérito de la UVa]

La amable invitación de la Dra. Asunción Rocher a colaborar en esta Revista me induce a realizar un ejercicio evocador que nunca había pensado llevar a cabo. Y la verdad es que, además de agradecido por el ofrecimiento, el compromiso de atenderlo me resulta gratificante ante la posibilidad de traer a colación experiencias ligadas a mis relaciones más o menos estrechas con el universo de la Facultad de Medicina de la Universidad de Valladolid y de los médicos vinculados a ella en diferentes etapas de la vida. Y es que, más allá del círculo estricto de relaciones que la actividad profesional específica construye particularmente sobre la base de lo cotidiano, no son en modo alguno desdeñables las oportunidades que a la par afloran para generar un entramado de recuerdos, que cobran vida cuando se recuperan y se ofrecen como expresión del deseo que aboga por supervivencia en el tiempo. Al poner orden en ese caudal de vivencias relacionadas con el mundo de la Medicina, cunde en mi caso la satisfacción al comprobar de qué manera y hasta qué punto se enriquece la perspectiva que cada cual dispone cuando amplía sus horizontes más allá del escenario académico y profesional en el que habitualmente se desenvuelve. Confieso que, motivado por la curiosidad, siempre manifesté desde que llegué a Valladolid a cursar los estudios universitarios un interés por conocer la actividad, el ambiente, los contenidos y las modalidades de impartición de la docencia en Facultades distintas a la mía. Consideraba que podía ser tan interesante como enriquecedor, pues el hecho de haber conseguido llegar a la Universidad –solo un miembro de mi familia había accedido hasta entonces a ella, y



además a la Facultad de Medicina– suponía un aliciente que no podía desaprovechar.

Es evidente que se trataba de una época –a mediados de los años sesenta– en la que esos propósitos tenían fácil cumplimiento en una Universidad en la que los nexos entre los alumnos eran fáciles de construir, con independencia de las orientaciones profesionales de cada cual. Varias circunstancias contribuían a que esas posibilidades de relación fueran factibles: el limitado número de Centros, la proximidad geográfica entre ellos, la realización de actividades que facilitaban la comunicación y, por lo que respecta a mi experiencia particular, los descubrimientos personales conseguidos en los Colegios Mayores y en las Residencias. Los recuerdos como espacios hiperactivos, caracterizados por una vida muy intensa y participativa, que en cierto modo venían propiciados

por el deseo de los colegiales de acogerse a las opciones de contacto que esos espacios de convivencia permitían a quienes venían a estudiar a Valladolid procedentes de las provincias que integraban su extenso distrito. Ello permitía disponer de un marco de contactos potenciales muy abierto y diversificado en cuanto a lugares de origen, favoreciendo así un escenario de encuentro bastante gratificante por su pluralidad.

La Facultad de Medicina se mostraba en ese contexto como una referencia digna de consideración. Aunque personalmente me decanté por otra vertiente del conocimiento –siempre me atrajo el cultivo de la Filosofía– ese Centro, muy reconocido a todas las escalas, ejerció siempre sobre mí una atracción que he tratado de cultivar a lo largo de la vida mediante contactos personales que me han sido muy valiosos. El inicio de ese interés debo atribuirlo a la curiosidad transmitida por mi primo Samuel Manero Martínez durante su época de estudiante de Medicina, que él mismo se encargaba de adobar cuando nos veíamos ocasionalmente en Burgos, donde yo estaba cursando el Bachillerato. El hecho de que mi primo fuese hasta entonces el único de la familia que había ido a la Universidad le otorgaba una aureola que ejercía sobre mí una cierta fascinación. «Va a ser médico, nada menos», se decía, mientras todos callaban admirados.

Cuando llegue a estudiar a Valladolid en el mes de octubre de 1964 tuvo lugar un hecho que puso en evidencia la importancia de quienes velan por la salud. Apenas llevaba una semana en la ciudad mi madre fue intervenida en el antiguo Hospital de la Cruz Roja en la calle Leopoldo Cano por un cirujano de gran prestigio y que años antes había desempeñado el cargo de Rector de la Universidad. Se llamaba Hipólito Durán Sacristán y fue el primer profesor de la Facultad de Medicina al que conocí. Me inspiró mucho respeto y también confianza. Al saber que comenzaba mis estudios en la Universidad, se interesó por ellos, me animó a afrontar las dificultades que podrían surgir. Fueron palabras bienvenidas en el momento oportuno. Desde ese momento, y a lo largo de más de cuatro décadas, muchos e interesantes han sido los médicos que, formando parte de esa Facultad, se han cruzado en mi camino, de modo más dilatado o fugaz. Es posible que el paso del tiempo haya eliminado de la memoria nombres destacados

que en algún momento llamaron la atención y ayudaron en el trayecto vital e intelectual que se forja en el ámbito universitario, tan cambiante como imprevisible. Así se entiende el sentido de las relaciones habidas a lo largo de una secuencia temporal, organizada en dos etapas bien diferenciadas. La primera coincide con la vida estudiantil, que en la perspectiva que nos ocupa logró hacer uso del ambiente de compañerismo labrado en las residencias. Inolvidables resultan en este sentido las conversaciones, charlas y encuentros celebrados día a día en el Colegio Mayor Universitario de Santa Cruz, donde durante generaciones se dieron cita alumnos que hicieron de ese Centro un lugar emblemático en el proceso de formación y maduración de las personalidades. Allí conocí, entre otros, a Mariano Sánchez Crespo, a Javier García Sancho y a Carlos Íñiguez Lobeto, que posteriormente desarrollaron labores investigadoras de primer nivel, al tiempo que fueron numerosas las parrafadas mantenidas con Felipe Rodríguez Adrados, con quien mi maestro Jesús García Fernández, que era su cuñado, y yo realizamos varias excursiones para darle a conocer los misterios y bellezas de la Tierra de Campos y con Sisinio de Castro, uno de los responsables de mi interés por la historia de Salamanca. Inolvidable Sisinio, tan repleto de consejos pertinentes.

Terminada la carrera, y embarcado ya en la vida universitaria vallisoletana como profesor e investigador en el Departamento de Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras a partir de 1971, se abre una segunda etapa en la que mi relación con los médicos se inscribe en el terreno de las vicisitudes vividas tanto en el panorama de los cambios ocurridos globalmente en la Universidad como en los que inciden sobre la evolución de la política y la sociedad españolas. Si nunca podrán desvanecerse de la memoria los recuerdos asociados al cierre de la Universidad de Valladolid en el mes de febrero de 1975, y que tuvieron precisamente en la Facultad de Medicina uno de sus principales focos de tensión y movilización de estudiantes y profesores, el contacto fraguado en aquella época con algunos de sus profesores tendría para mí repercusiones imborrables. Fue entonces cuando entablé una sólida amistad con Pedro Gómez Bosque y con César Aguirre Viani, y que se mantuvo incólume hasta que ambos nos dejaron para siempre. Con Pedro compartí momentos decisivos en el rechazo al

cierre de la Universidad y en la etapa de transición de España a la democracia. En compañía de Marino Barbero, de Julio Valdeón y de Miguel Martín nos reunimos varias veces en su casa con el fin de debatir el crítico momento que atravesaba el país, con la satisfacción de saber que la democracia estaba próxima. Pocos años después, compartí con César Aguirre la candidatura al Rectorado que, encabezada por Justino Duque, fue mayoritariamente apoyada en 1982 mediante votación general de la comunidad universitaria. Vivimos dos años intensos y difíciles, tan complejos e inseguros como los que afectaron a la crucial etapa de cambio atravesada por la Universidad española, que no llegarían a despejarse hasta la aprobación de la LRU en 1983, obligando a la realización de nuevas elecciones. Fue un mandato breve, que no impidió, sin embargo, sentar las bases de una nueva singladura, en cuyo diseño tuvo una participación muy activa el profesor Aguirre Viani, como vicerrector de investigación, para lo que contó con la ayuda impagable de Benito Herreros, decano de la Facultad y compañero leal donde los hubiera. No fue esa, empero, la actitud de Enrique Barbosa, quien le sucedió en el decanato, por más que con el tiempo logré descubrir en él cualidades que dieron origen a un aprecio personal mutuo.

Competí en las elecciones al Rectorado de 1994 con Francisco Javier Álvarez Guisasaola, que había sido vicerrector de investigación en el último mandato de Fernando Tejerina. Apenas le conocía antes de aquella ocasión, en la que traté de acceder a esa responsabilidad consciente del momento decisivo en que se encontraba la Universidad de cara al siglo XXI. Entablamos una buena relación, que se puso de manifiesto en las dos ocasiones en que tuvimos que comparecer ante la prensa y, como estaba previsto, en las sesiones de debate celebradas ante el claustro. En la segunda vuelta los resultados se decantaron a su favor. Fue una experiencia interesante la compartida con Guisasaola, que me permitió no solo conocer al prestigioso pediatra sino también las peculiaridades de la vida universitaria y los afanes, complementarios unas veces y contrastados otras, que en ella confluyen. De nuevo volví



en 2006 a afrontar un reto similar, en buena lid con otros cinco colegas. Tampoco lo conseguí entonces, pero sí recuerdo el acto electoral celebrado en el anfiteatro «López Prieto» de la Facultad y la cortesía mostrada por el entonces secretario, José Fidel Fernández.

Y junto a estas experiencias, inscritas en los avatares de la vida académica, no puedo dejar de evocar, en fin, aquellos nombres que, ligados a la relación personal dentro de la sociedad vallisoletana o al hecho de compartir inquietudes culturales e incluso políticas, me han acercado a un grupo representativo del complejo de personalidades que dedican su vida a la formación de médicos y a la mejora de la salud de los ciudadanos. ¿Cómo olvidar, entreverados en una variada trama de recuerdos, cuya sola mención daría para más de un libro, los nombres de Olegario Ortiz, Ernesto Sánchez Villares, Pedro Álvarez Quiñones, Antonio Rodríguez Torres, Constancio González, Alfonso Velasco, José Carreres, Anastasio Rojo, Antonio Orduña, Juan Riera, José Carlos Pastor, Margarita Calonge, Antonio Jimeno, Ángel Marañón, Juan José Mateos, Asunción Rocher o Ginesa García Rostán? <<

EL MICROBIOMA HUMANO: PROMESAS POR CUMPLIR

Eduardo Arranz

[Catedrático de Inmunología de la Facultad de Medicina de la UVA]

El interés por el microbioma humano, es decir, el genoma de la microbiota o conjunto de microorganismos que asienta en nuestro organismo, ha crecido de forma espectacular en los primeros años del siglo XXI. Este crecimiento ha ocurrido en paralelo con el desarrollo de nuevas técnicas moleculares, no basadas en el cultivo, que han permitido la detección y clasificación de estos microorganismos de forma más precisa y sencilla; y con la publicación de un gran número de trabajos en los que se han relacionado cambios en la microbiota con un mayor riesgo de padecer enfermedades metabólicas, gastrointestinales, autoinmunes, neurodegenerativas y cáncer. El término *microbiota* se refiere a las comunidades microbianas de un hábitat o sitio anatómico determinado; mientras que *microbioma* se refiere a los genes de la microbiota y a los metabolitos que producen. En la actualidad hay dos grandes proyectos que tratan de caracterizar el microbioma humano y su relación con la enfermedad, financiados por el Instituto Nacional de la Salud de EE. UU. (Proyecto Microbioma Humano; <http://hmpdacc.org>) y por la Unión Europea (Metagenómica del Tracto Gastrointestinal Humano; www.metahit.eu).

Un desarrollo tan rápido en el tiempo no ha permitido adquirir la perspectiva necesaria para valorar adecuadamente la gran cantidad de datos disponibles. En muchos casos se han utilizado mensajes impactantes basados más en especulaciones o interpretaciones incompletas que en conocimiento, lo que ha provocado cierto grado de escepticismo. Además de la catalogación de cada uno de los componentes de la microbiota, el reto actual está en conocer los mecanismos responsables de sus acciones individuales en situaciones de salud y de enfermedad, e integrar los factores ambientales que contribuyen a su establecimiento y desarrollo. En algunos casos es difícil descartar que los cambios en la microbiota no son consecuencia de una enfermedad determinada. Por otro

lado, el conocimiento actual sobre el tema está basado principalmente en trabajos con ratones libres de gérmenes, y falta saber si las conclusiones obtenidas son extrapolables a los seres humanos, dadas las diferencias fisiológicas y metabólicas entre unos y otros, o la ausencia en los ratones de algunos de los taxones bacterianos humanos más importantes.

De todas las localizaciones anatómicas, el intestino es el que contiene la mayor parte del microbioma humano, con predominio de las bacterias, pero también hay arqueas, virus, fagos, levaduras y hongos. El número de bacterias es similar al de células del organismo, aunque el microbioma es 150 veces mayor que el genoma humano. Hasta ahora se ha estudiado la microbiota fecal, que es más accesible, sin embargo, parece más relevante la obtenida a partir de la mucosa, que muestra diferencias con la anterior. Cada especie bacteriana se adapta al microambiente específico de cada zona intestinal (de acuerdo a la concentración de oxígeno, pH, disponibilidad de nutrientes), incrementándose la densidad a lo largo del tubo digestivo, siendo máxima en el colon, donde asientan las poblaciones de mayor actividad metabólica. La composición de la microbiota es distinta y variable en cada individuo, dependiendo de factores genéticos y ambientales, relacionados con el origen étnico y la geografía. A pesar de estas variaciones, los estudios de metagenómica han identificado en el intestino sano un subcomponente básico dominado por los filos Firmicutes y Bacterioidetes.

Estas comunidades microbianas han evolucionado junto a la especie humana, adaptándose a los diferentes tipos de alimentación y estilos de vida, y estableciendo una relación simbiótica que las permite prosperar en un ambiente rico en nutrientes, a la vez que realizan importantes funciones para el hospedador, como la fermentación de componentes de la dieta para generar nutrientes, vitaminas y metabolitos, o la modulación y desarrollo del sistema inmunitario. La

microbiota se instaura en las primeras fases de la vida, aunque la colonización bacteriana podría tener lugar antes del nacimiento (se han detectado bacterias en la placenta de madres sanas, y en el líquido amniótico y el meconio de recién nacidos pretérmino). Factores como el tipo de parto (vaginal o por cesárea), la lactancia materna, la dieta, o el uso de antibióticos, influyen en su composición y diversidad, estabilizándose alrededor de los 3 años de vida. Posteriormente, la dieta, el estilo de vida, el uso de fármacos, o la situación socioeconómica, van a ser determinantes en su establecimiento y composición, aunque se ha observado que distintas composiciones pueden tener funciones similares en el intestino de los individuos sanos.



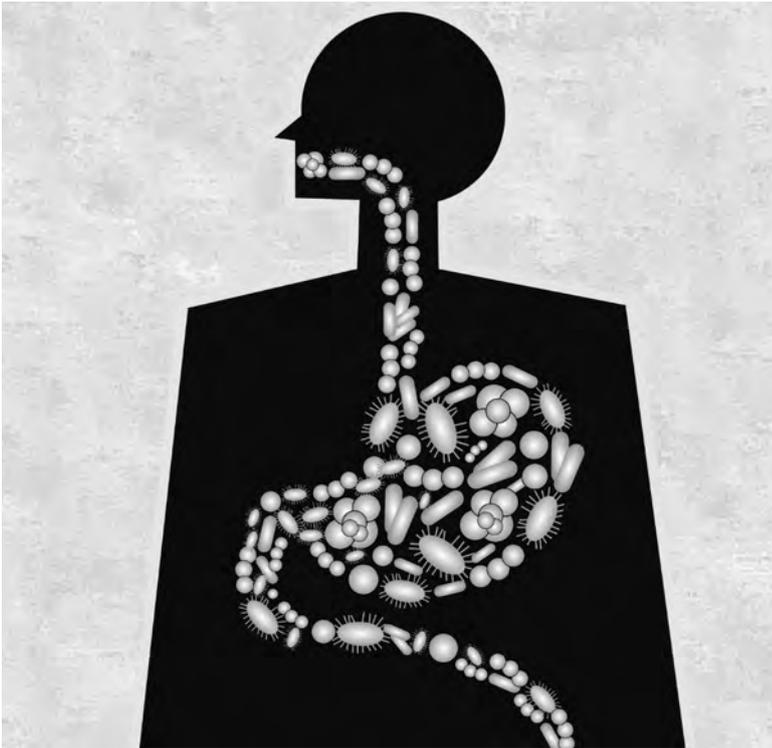
Importancia de la microbiota intestinal humana en la salud

Muchas funciones de la microbiota intestinal son beneficiosas, unas están relacionadas con la digestión o el metabolismo (la absorción de electrolitos y minerales, el aprovechamiento de componentes no digeribles de la dieta, o la síntesis de vitaminas, neurotransmisores y aminoácidos), y otras son protectoras o inmunitarias (el mantenimiento de la integridad epitelial, la competición con otros microorganismos por los nutrientes y receptores, o el desarrollo funcional del tejido linfoide asociado al intestino). Las moléculas bioactivas derivadas del microbioma actúan en el intestino, pero también en otras localizaciones alejadas, y tienen efectos sobre las respuestas inmunitarias frente a la infección, la vacunación y el cáncer, y sobre la susceptibilidad a enfermedades autoinmunes y neurodegenerativas. Uno de los aspectos más discutidos ha sido el papel del microbioma en el control del peso corporal, por su implicación en el metabolismo energético, especialmente en la regulación de los depósitos grasos, la lipogénesis y la oxidación de los ácidos grasos. Entre los factores más importantes que contribuyen a la obesidad está la obtención de energía por fermentación anaeróbica de carbohidratos no

absorbibles (fibra dietética) en el colon, y la formación de ácidos grasos de cadena corta (acetato, propionato o butirato) de efectos anti-inflamatorios y tróficos para el epitelio intestinal.

Interacciones entre la microbiota y el sistema inmunitario

Durante mucho tiempo se ha considerado que los microorganismos eran los responsables de las enfermedades infecciosas y que la función del sistema inmunitario consistía en su reconocimiento y eliminación. Sin embargo, este paradigma ha cambiado radicalmente. La relación estrecha y persistente entre el organismo y la microbiota ha llevado a la selección de mecanismos que promueven y mantienen una relación simbiótica, en la que hay intercambio de energía y metabolitos y se favorece la maduración y el desarrollo funcional del sistema inmunitario para mantener la homeostasis. El intestino no sólo contiene la mayor densidad de la microbiota, sino también el mayor número de células inmunitarias del organismo, separadas anatómicamente por barreras físicas y bioquímicas para evitar la activación inadecuada del sistema inmunitario. El estímulo más importante, y de efecto más temprano, para el desarrollo del tejido linfoide asociado al intestino es la colonización bacteriana. El sistema inmunitario modula la composición y diversidad de la microbiota, y controla su interacción con el organismo a través del epitelio intestinal, que detecta y



responde a los microorganismos de varias formas, por ejemplo, mediante receptores para el reconocimiento de patrones (RRP) específicos de comensales y patógenos; o mediante el receptor de hidrocarburos de arilos (AhR) para metabolitos de la fermentación bacteriana, que activa funciones protectoras y antiinflamatorias, y modifica el metabolismo epitelial y la síntesis de moléculas de señalización.

I) *Influencia de la microbiota sobre el sistema inmunitario*

La microbiota tiene un papel fundamental en el desarrollo y función del tejido linfoide del intestino, tal como se ha observado en modelos animales libres de gérmenes o tratados con antibióticos, que muestran un número reducido de células inmunitarias, órganos linfoides secundarios más pequeños, y un desarrollo menor de la inmunidad celular y humoral, junto a niveles más bajos de anticuerpos circulantes. Cada bacteria tiene una función inmunomoduladora específica, asociada a su capacidad para metabolizar componentes de la dieta, y es dependiente de la edad. En los niños menores de 3 años promueve el desarrollo y maduración del tejido linfoide del intestino, la integridad del epitelio y la regulación de las respuestas frente a antígenos de la luz intestinal. En los adultos, interviene principalmente en el mantenimiento funcional del tejido linfoide del

intestino, y de la integridad de la función barrera epitelial.

Algunas especies microbianas tienen efectos específicos sobre el desarrollo y función de los linfocitos intraepiteliales (TCR $\alpha\beta$), y la diferenciación de los linfocitos T efectores de la lámina propia (Th1, Th17, Treg, o T CD8) que, en condiciones de homeostasis, se mantienen en equilibrio favoreciendo las respuestas reguladoras. El epitelio actúa de mediador, secretando moléculas inmunomoduladoras, como la linfopoyetina del estroma tímico (TSLP), el factor de crecimiento transformante beta (TGF β), el ácido retinoico (AR), o la interleucina (IL)-10; además de glucocorticoides y neurotransmisores (como serotonina), y transporta antígenos microbianos captados por las células M (epitelio asociado al folículo de las

placas de Peyer), los enterocitos o las células caliciformes. Estas moléculas condicionan a las células dendríticas de la lámina propia para promover la diferenciación de células T reguladoras (Treg), que previenen las respuestas inadecuadas de células T efectoras y evitan la inflamación intestinal. La captación de bacterias por las células M activa también la síntesis de inmunoglobulina (Ig) A (independiente de las células T), con ayuda de citocinas de origen epitelial de la familia del factor de necrosis tumoral (TNF) que inducen el cambio de isotipo a IgA2, principal clase de IgA en el intestino humano.

II) *Influencia del sistema inmunitario sobre la microbiota*

La adaptación del recién nacido, y el control de la respuesta inicial frente a la colonización microbiana, está favorecida por la lactancia materna, que aporta microorganismos vivos, metabolitos (como los oligosacáridos, que favorecen la expansión de *Bifidobacterium*), células dendríticas, macrófagos, citocinas, e IgA secretora. La inmadurez del sistema inmunitario del recién nacido favorece las respuestas inmunitarias reguladoras, por el menor desarrollo de los linfocitos T y B, y producción reducida de mediadores inflamatorios. Otros elementos que contribuyen a la función barrera

epitelial controlan o minimizan el contacto y la penetración de microorganismos (por estratificación), como la secreción de glucoproteínas de mucina, o de péptidos antimicrobianos, y la IgA secretora, un anticuerpo neutralizante que impide la adhesión microbiana al epitelio. Las células del epitelio monitorizan la microbiota mediante receptores (RRP) de tipo *toll-like* (TLR) en la membrana celular; o *NOD-like* (NLR) en el citosol, y transmiten señales a las células del sistema inmunitario de la lámina propia, especialmente a los macrófagos y células dendríticas, que presentan antígeno a los linfocitos T y que, bajo condiciones homeostáticas, controlan las respuestas de estas células manteniendo un equilibrio entre inflamación fisiológica y tolerancia.

En resumen, el estudio del microbioma humano ha generado muchas expectativas, cuyas bases son, en muchos casos, frágiles. La microbiota intestinal y sus productos son fundamentales para el desarrollo y función del sistema inmunitario, con el epitelio intestinal actuando de transmisor bidireccional de señales. El objetivo es confirmar la implicación del microbioma

en la salud humana y su relación con enfermedades específicas, utilizando estudios funcionales y enfoques genómicos y metabolómicos que permitan diseccionar las complejas interacciones con el hospedador, la inmunidad y el metabolismo. <<

Biografía de interés

- Belkaid Y & Harrison OJ. Homeostatic immunity and the microbiota. *Immunity* 2017; 46:562-76.
- Cani PD. Human gut microbiome: hopes, threats and promises. *Gut* 2018; 0:1-10.
- Gensollen T, et al. How colonization by microbiota in early life shapes the immune system. *Science* 2016; 352:539-44.
- Krajmalnik-Brown R, et al. Effects of gut microbes on nutrient absorption and energy regulation. *Nutr Clin Pract* 2012; 27:201-14.
- Lynch SV & Pedersen O. The human intestinal microbiome in health and disease. *N Engl J Med* 2016; 375(24):2369-79.
- Rooks MG & Garrett WS. Gut microbiota, metabolites and host immunity. *Nat Rev Immunol* 2016; 16:341-52.

TABLA I
PRINCIPALES FUNCIONES DE LA MICROBIOTA INTESTINAL

a) Funciones metabólicas
— Síntesis de vitaminas, aminoácidos y neurotransmisores (y de otros compuestos, cuya diadna es –en muchos casos– desconocida).
— Absorción de electrolitos y minerales.
— Fermentación de hidratos de carbono no digeribles (fibra dietética), y producción de ácidos grasos de cadena corta.
— Regulación del metabolismo de los ácidos biliares.
— Fuente de energía (extrae aproximadamente 15 % de calorías).
b) Funciones estructurales
— Fortalece la función barrera epitelial (estabiliza las uniones estrechas, promueve la proliferación y diferenciación celular, y la vascularización).
c) Funciones protectoras
— Competición por nutrientes y receptores, y desplazamiento de patógenos.
— Producción de factores antimicrobianos (bacteriocinas, etc.)
d) Funciones inmunológicas
— Desarrollo del tejido linfoide asociado a la mucosa intestinal.
— Inducción de la síntesis de inmunoglobulina (Ig) A.
— Inducción de tolerancia a los antígenos orales.

EMBARAZO EN LA MEDICINA TRADICIONAL.

REFLEXIONES MÉDICO-HISTÓRICAS

Félix J. de Paz Fernández
 [Prof. Titular de Anatomía y Embriología de la UVa]

Las creencias populares en torno al embarazo y el parto son uno de los temas más ricos en el folklore español, creencias que compartimos con el resto de Europa y el Norte de África.

Siguiendo a Fernández García, las prácticas en este período las podríamos clasificar en dos grupos: las abortivas (fundamentalmente individuales) «El embarazo no deseado»; y las otras, de índole más familiar, «El embarazo deseado», este segundo grupo podemos dividirlo en: prácticas referidas a la madre y las dirigidas al producto de la concepción.

1. EMBARAZO NO DESEADO: aborto e ilegitimidad

Rezaba el dicho popular: «la vida de la preñada es vida privilegiada», pero no siempre y, ya fuera por motivos económicos, psicológicos o sociales, los tornos de los conventos y hospicios, las puertas de las casas adineradas o los atrios de los santuarios eran, en el mejor de los casos, el primer cobijo de estos expósitos conocidos como «niños de la Virgen». Podemos ver en la Iglesia de Nuestra Señora de la Carballeda en Rionegro del Puente dos nichos de piedra donde abandonaban a los neonatos, a cargo de la cofradía de los falifos o farrapos.

En las aldeas asturianas el aborto provocado fue muy poco frecuente y relacionado con el fenómeno de la industrialización de la región. Lo que no era tan raro era la ilegitimidad, y los hechos criminosos no estaban relacionados con el aborto, sino con otras figuras delictivas como el adulterio, la violación, el estupro, el infanticidio y el abandono del recién nacido.

Recordemos también que entre los ingredientes de los hechizos de brujos y brujas no faltaban partes mutiladas de cadáveres, especialmente de niños sin bautizar:

«El dedo de la criatura estrangulada al nacer, arrojada a la fosa por una mujerzuela».



Muy mal visto socialmente. Un hijo ilegítimo suponía, casi siempre, una marginación de la mujer si no regularizaba su situación con una boda, aunque fuese arreglada.

Las prácticas abortivas intencionadas en Asturias se asocian con el empleo de plantas y arbustos, algunos con marcado carácter sacro; así se usaron infusiones de tejo, cicuta, arnica o estornudadera, artemisa o hierba de San Juan, corona de Rey, siempreviva y, principalmente, la ruda, la más extendida, además, esta, en oportunas y mínimas cantidades, ayudaba a regular las menstruaciones anormales; por tan numerosas facultades se comprende el dicho:

«Si supiera la mujer las virtudes de la ruda a buscarla iría de noche con la luna».



O su variante recogida en Cigales: «Si supiera la casada para lo que es buena la ruda, madrugara y la cogiera, aunque fuera con la luna».

En esta localidad proponían que se recolectara la noche de San Juan, preferentemente durante las doce campanadas que recibían al 24 de junio. En función de la posología, los refranes descritos tienen una doble lectura, dosis muy alta: abortiva, dosis mínima: reguladora del ciclo menstrual.

La ruda o bisana, como se la llama en la Sierra de Francia, también se ha usado contra el aojamiento y las influencias negativas, sobre todo en los neonatos, por lo que se colocaba en la cuna, como protección, una rama de esta rutácea, proceder que asienta el adagio: «si no fuese por la ruda, no habría criatura».

Otros procedimientos abortivos en la provincia de Salamanca eran: infusiones de perejil y romero, o de hiedra, cornezuelo de centeno molido y hervido, perejil seco, colocar perejil y ajo en el ombligo, beber una infusión de raíz de hierbabuena o tomar huevo batido puesto a serenar. Usar el tallo del perejil que, en Martiago y Fuenteguinaldo, se introduciría en la vagina de la embarazada ayudándose de una caña; y los pediluvios calientes con mostaza, o los sahumeros en «sus partes». Constantino Cabal señala que las mismas bolas de artemisa usadas contra la opilación femenina, colocaban machacadas en los zapatos, poseían acción abortiva.

Muchos de estos métodos no tienen nada de científico, pero otros sí que tienen una base, pues tanto la ruda, como el perejil o el cornezuelo del centeno, unas de las especies más utilizadas, son conocidas por su acción emenagoga (favorecedora de la menstruación) y abortiva, gracias a su condición de estimulantes uterinos. El cornezuelo es un hongo que prolifera en los cereales, sobre todo en el centeno. Sus propiedades oxitócicas lo han llevado a ser uno de los procedimientos humildes más divulgados. El *espolón* o *cornachu* –como lo denominan en el Rebollar (Salamanca) era tomado en infusión, previa reducción por moltura. En cuanto a la hiedra, es vasodilatadora en pequeñas dosis, pero muy tóxica.

Otros posibles métodos abortivos eran, también, los cocimientos de variadas hierbas, bayas de espino cerval, grana de zanahoria o dedalera, cuyo líquido resultante, se debería tomar durante trece días en el primer mes de embarazo, como cuentan en Sanchotello (Salamanca).

A estas anteriores opciones habría que añadir otras rayanas, como poco, a la superstición y la brujería, omnipresentes en las sociedades rurales.

2. EMBARAZO DESEADO Y SU PROTECCIÓN

2.1. *Prácticas referidas, principalmente, a la madre*

a) *La alimentación:*

Tenemos, tanto dietas restrictivas como de excesos («comer por dos»), pero absteniéndose de encurtidos y salazones (Soria), garbanzos (Medina del Campo), carne y vino (León) y, sobre todo, de ingerir liebre para evitar que el niño nazca con los ojos abiertos o con el labio leporino, como es creencia universal.

En referencia a estos mamíferos lagomorfos, en el nordeste de Escocia, y también en muchas localidades de España, se dice, que cuando una mujer embarazada pisa la cama de una liebre, nacerá el hijo con el labio leporino. Si una mujer descubre que ha hecho esto, debe poner dos piedras en la cama de la liebre.



Labio leporino



Lepórido

En algunas zonas asturianas durante el embarazo se tomaba el «caldo de la reina», para lubricar precozmente el canal del parto, este caldo debía tomarse en ayunas y consistía en un tazón de leche caliente con abundante mantequilla fresca. El hipotético efecto lubricante era progresivo y alcanzaría su acmé en el período expulsivo.

En otras zonas prohibían las frutas, por creer que los niños nacían peludos.

Otra creencia extendida por toda España es la de los antojos, estos eran la marca indeleble en la piel con la que nacía un niño, por no haberse satisfecho un capricho (habitualmente gastronómico) a la madre durante el embarazo, naciendo estos niños con manchas en forma de nuez, pera o fresa, entre otras. Por esto, en las localidades asturianas, entre otras, de Aller, Pola de Lena o Avilés, cuando alguien estaba comiendo y pasaba una embarazada, debía ofrecerle alimento para que no antojara. También era creencia común que a quien no satisfacía el deseo de la embarazada le saldría un orzuelo, como pasaba en La Alberca.

La gestante también debía evitar realizar determinadas actividades u operaciones, en Navasfrías no debía llevar cántaros al cuadril (cadera); jurar en los tribunales (El Bierzo) o llevar en sus brazos a bautizar niño alguno, pues este o el que llevaba en su vientre, podía morir.

En la Sierra de Francia prohibían a la embarazada hacer más de tres visitas al cementerio, pues sobrepasándolas, era muy posible que

su hijo no llegara a nacer. Tampoco eran partidarios en estas tierras de que barrera pues «... barrería asina también el ánima del gazapín».

b) *La higiene:*

Poco variaba la vida diaria de la embarazada, que habitualmente seguía realizando sus trabajos domésticos, agrícolas y ganaderos hasta el mismo día del parto. Para combatir el cloasma gravídico, se frotaba la cara con los paños húmedos de un recién nacido, o con su propia orina; y para edemas y varices, se friccionaban los miembros con ceniza de leña pulverizada o con cataplasmas de vino y sal.

La higiene de los pechos se llevaba a cabo, habitualmente, con bebidas alcohólicas, predominando en el litoral cantábrico la utilización del ron. En los pueblos del concejo de Aller, se hacía una pomada con flor de saúco y mantequilla fresca de vaca, con efectos beneficiosos sobre ulceraciones mamarias.

2.2. *Prácticas referidas, fundamentalmente, al producto de la concepción*

a) *Para evitar el aborto:*

No debía trabajar en el día de San Pedro. Las gentes sencillas creían que, de no seguir las prescripciones tradicionales, los santos podían vengarse de los humanos.



Poleo, ruda, hierba de san Juan, borraja, perejil

Otras formas de evitar el aborto eran con sangrías (en los tobillos, al quinto y séptimo mes) y con purgas (durante el segundo y el sexto).

Si durante la gestación la madre padeciera algún problema que pusiese en peligro la vida del feto, en algunas localidades se debería colgar al cuello una bola de cristal llamada «la cuenta» (cuya configuración pudiese recordar al líquido amniótico, como nos dice Ángel Carril en su *Etnomedicina*) que portaría hasta el momento del alumbramiento. En la Charrería, ciertos pastores guardaban con celo una piedrecilla de ágata, en cuya forma simbolizaban las tres fases de la gripe en las ovejas, colgando esta a uno de los animales, suponían que actuaría como talismán para todo el rebaño.

Otro ritual fue el del «Bautismo del Puente» o bautismo anticipado, para evitar abortos y malos partos. Tenía lugar el último sábado del mes, la embarazada se dirigía, a media noche, hacia un puente que tuviera un crucero de caminos, el primer transeúnte actuaría de curandero «de ocasión», retirándose los familiares. El oficiante ponía un grano de sal en la boca de la embarazada, y hacía una cruz en su vientre con un hisopo de agua bendita; simultáneamente pronunciaba las frases sacramentales con los nombres del supuesto bautizado; después, se arrojaban al agua los útiles utilizados y cenaban todos juntos en el campo.

Además, la embarazada, para evitar abortos, podía colocarse a la cintura, alguno de los muchos ceñidores que, sacralizados por la reliquia lugareña venerada, circulaban de casa en casa.

a) *Para que nazca con vida:*

Un posible problema era la torsión del cordón umbilical, algo que, desgraciadamente no era raro. Se creó una teoría patogénica popular en torno a la asfixia funicular y unas medidas profilácticas simbólicas. La gestante no debía realizar ningún movimiento que remedase el nudo o la vuelta, tales como: pasar por debajo del ronzal que atase a un animal; pasar por debajo del palo o mango de la pala del horno, devanar una madeja, cruzar las manos o las piernas; tampoco podía ver al sacerdote revestirse, especialmente cuando se colocaba y apretaba el cingulo; debía liberarse de cintas del pelo, cinturón, etc. A veces, estas maniobras hechas por el marido podían, mágicamente, incidir sobre el porvenir del feto.



a) *Para que nazca íntegro:*

La integridad física y psíquica del neonato se buscaba por encima de todo, ya señalamos antes la importancia de los antojos, pero existen otras circunstancias, con las que finalizaré el presente artículo, que también pueden incidir desfavorablemente en el recién nacido.

En el municipio de Ibias (Asturias) se creía que un susto durante la preñez podía ser motivo de tartamudez en el neonato y también influían, desfavorablemente, en el feto, el que la futura madre asistiera a velatorios o que participase en cualquier faena relacionada con la matanza del cerdo. <<

QUINCE AÑOS DE OLMEDO CLÁSICO

UNA APUESTA DE LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID POR EL PATRIMONIO Y LA TRANSFERENCIA CULTURAL

Germán Vega

[Catedrático de Literatura. Facultad de Filosofía y Letras de la UVA]

En verano de 2006 el Festival de Olmedo Clásico alzaba su telón. Antes hubo que hacer muchas cosas entre bambalinas. La primera fue inventarlo. A su favor tenía, en primer lugar, lo evidente que era su necesidad; y, en segundo y como causa eficiente, la confluencia de personas con relaciones distintas pero complementarias con los clásicos que en los meses previos aunaron sus ideas y voluntades en el proyecto. Fue relativamente fácil conseguir la adhesión de los responsables de las instituciones que tenían que apoyarlo: no recuerdo voces discrepantes en ninguna de las instancias a las que acudimos a pedir consejo y ayuda. No menos favorables fueron los profesionales de la puesta en escena y el estudio, que desde el primer momento acudieron a nuestra llamada; los medios de comunicación, que generosamente se hicieron eco; y, de una manera especial, el público que asistió a sus actividades con tanta afluencia y entusiasmo. Se diría que todos estábamos esperándolo, que nos parecía obligado que existiera algo así en una Comunidad en la que su patrimonio cultural debe estar entre sus principales apuestas de presente y de futuro, y de una manera clara cuanto tiene que ver con esa poderosa materia prima que es la lengua y las manifestaciones literarias que la prestigian.

La concreción geográfica en Olmedo de esta necesidad de un festival de clásico para Castilla y León hay que atribuírsela, en última instancia, a la vocación teatral y aurisecular de una villa cuyas gentes han asumido desde siempre el regalo maravilloso que les hizo Lope de Vega al escribir una de las grandes obras del teatro universal protagonizada por aquel caballero paisano suyo al «que de noche lo mataron», celebrado por todos como «la gala de Medina, la flor de Olmedo». Pero en lo cercano, hay que señalar que, como consecuencia de esa vocación y del impulso de sus responsables municipales, la villa castellana se había dotado en los años

previos de unas infraestructuras escénicas y hosteleras propicias para acoger la empresa.

Otros festivales de clásico lo habían precedido a lo ancho de la geografía española (e incluso fuera de ella, como en el caso de El Chamizal, una flor sorprendente renacida cada primavera a orillas del Río Grande en la lejana Texas). Fue el primero de todos el de Almagro, al que debe considerarse piedra angular de los restantes, así como de otras realidades decisivas para la relevancia que hoy tienen los clásicos, entre las que debe destacarse la creación en 1986 de la Compañía Nacional de Teatro Clásico. Tras Almagro propusieron los suyos Almería, Alcántara, Castillo de Niebla, Cáceres, Getafe, El Escorial, Peñíscola, Olite, Lugo, Alcalá, Chinchilla de Montearagón, Ocaña o Fuente Obejuna. Esta proliferación de festivales es señal del vigor adquirido; y de ninguna manera puede considerarse redundante, como en ocasiones se ha apuntado: el teatro solo puede ser en vivo y en directo, por lo que obligatoriamente tiene que estar cerca del espectador. También de esa fuerza habla lo alcanzado por Almagro en sus 42 años de existencia: de sus problemas para ofrecer unos pocos espectáculos en su primera edición de 1976 a poder disponer en 2019, en que se ha celebrado la última, de una cincuenta de ellos, además de una veintena de otras actividades, durante sus casi cuatro semanas de intensa programación.

La elección de Olmedo, por otra parte, confirma la pauta de ubicar estos encuentros en lugares que no son capitales de provincia ni grandes urbes; lo que sin duda es un valor añadido, porque no solo se fomenta la cultura sino que se hace en territorios donde su red es menos densa. De la capacidad de potenciar la oferta cultural, y la economía, en los lugares donde estos festivales se asientan también puede darnos testimonio Almagro, convertida hoy en el núcleo de atracción turística de Castilla-La Mancha más importante después de Toledo.



Olmedo Clásico 2019. Vista de la Corrala del Palacio del Caballero durante la representación de El enfermo imaginario de Molière a cargo de Morboria (Pío Baruque Fotógrafos)

Apuntado queda que la concepción y creación de Olmedo Clásico es el resultado de la confluencia de personas que representaban facetas necesarias y complementarias. Fue pieza fundamental el alcalde Alfonso Centeno, quien abrigaba la idea de llenar de contenido teatral las dependencias que en los últimos años había impulsado para la promoción cultural y económica de su pueblo. Y Olmedo contaba también con Benjamín Sevilla, experto en gestión cultural y apasionado de la práctica teatral. Era evidente que en una apuesta así debía estar Teatro Corsario, la compañía vallisoletana decana en España de cuantas se dedican al clásico, a cuyo frente estaba Fernando Urdiales, que acogió con todo el calor e ideas el plan. La deuda que Olmedo Clásico tiene contraída con él se la pagó en parte haciéndole feliz en los cinco años finales de su vida. Y en Corsario estaban Luismi García, Rosa Manzano y Quico Vergara (médicos estos dos últimos, al igual que Urdiales, lo que corrobora el relevante papel que esta profesión tuvo en la historia del teatro independiente en los años finales del Franquismo y primeros de la Transición). La parte académica, tan implicada e imbricada en la empresa desde el primer momento, estaba representada por quien esto escribe; sin que pueda olvidarse el papel incitador desempeñado por Julio Valdeón, olmedano de pro, y tan convencido de la necesidad del Festival; así como el de Andrés Muñoz. Pronto

entraron a colaborar otros especialistas de la Universidad de Valladolid como Héctor Urzáiz o Pedro Conde. Las competencias profesionales de todos los nombrados se potenciaron desde el principio con su entusiasmo por el proyecto y la amistad, que siguen vivos catorce años después, a pesar de las bajas y los remplazos.

Lo pudieron las ganas de los organizadores, pero también, por supuesto, el respaldo de instituciones como el Ayuntamiento de Olmedo, la Diputación de Valladolid, la Junta de Castilla y León, el Gobierno de España o la Universidad de Valladolid. En este apartado debe subrayarse el empujón que supuso que la Compañía Nacional de Teatro Clásico, dirigida entonces por Eduardo Vasco, apostara por el Festival de Olmedo desde el segundo año de andadura, lo que no solo nos abrió las puertas a una programación de mayor calidad sino que contribuyó poderosamente al reconocimiento de la importancia que tenía nuestro certamen. También hemos tenido de nuestra parte a los medios de comunicación, que tan buena acogida dieron a la idea en su comienzo y la han seguido prestando a cada realización anual. Y, de una forma muy alentadora, hemos sentido la adhesión del público; un público que, a pesar de haber ido ampliando progresivamente los lugares de procedencia, siempre ha contado con las gentes de Olmedo, que han tenido el Festival como cosa suya, y este se lo ha pagado haciéndoles año a año unos consumados expertos en teatro clásico.



Jornadas sobre teatro clásico. Diálogo con el público de César Oliva, José Luis Alonso de Santos, Javier Huerta y Rosana Torres (Pío Baroque Fotógrafos)

Todo ello ha permitido superar años complicados, porque los catorce de nuestro recorrido no se reparten como los del sueño del faraón bíblico en siete de vacas gordas y siete de flacas, sino que estas últimas han dominado claramente. La gran crisis sobrevino al poco de iniciar nuestra singlatura, con una virulencia especial sobre el tejido cultural. Quizá eso nos ha hecho ser correosos y aguzar el ingenio para exprimir los recursos. Nos gusta decir que el nuestro es un festival ecológico, de altas prestaciones y bajo consumo.

Su núcleo lo constituyen los espectáculos. En los diez u once días consecutivos de cada edición de los últimos años se han programado catorce o quince diferentes. La mayoría corresponde a la sección general, con funciones diarias en la Corrala del Palacio del Caballero al caer la noche. Pero los hay también en la sección que hemos llamado «Clásicos en familia», que intenta atraer al espectador menor y aficionarlo desde la edad en que surgen los hábitos y gustos que nos acompañarán siempre. También se ofrecen en la «De aperitivo un clásico», dedicada a las nuevas tendencias y lenguajes escénicos. En total, las obras exhibidas en estos catorce años superan el centenar y medio, con una asistencia de más de 120.000 espectadores.

En cada edición se ha pretendido que la oferta fuera de calidad y variada, que las funciones dieran cuenta de la diversidad de autores, géneros, épocas, territorios, que abarca el teatro de la Edad Moderna europea; así como de las distintas posibilidades dramáticas y estéticas con que se pueden abordar por parte de las compañías profesionales. En este balance, en el que la falta de espacio no nos deja entrar en detalles, merece la pena apuntar que el dramaturgo

más representado ha sido Lope de Vega –como no podía ser de otra manera en Olmedo–, con 32 espectáculos; seguido de Shakespeare (30), Calderón (21), Cervantes (9) y Molière (8).

En Olmedo han trabajado los principales profesionales de la puesta en escena, cuya relación sería prolija y se arriesgaría a olvidos injustos. Los nombres de algunos grupos significativos permitirán hacerse una idea de la calidad de lo ofrecido: la Compañía Nacional de Teatro Clásico, con sus distintos elencos, Teatro Corsario, Atalaya TNT, Ur Teatro, Micomicón, Morboria, Nao d'amores, Teatro Clásico de Sevilla, Rakatá-Fundación Siglo de Oro, Teatro del Temple, Ron Lalá... No han faltado compañías extranjeras, como la japonesa Kasec Act, la china Shanghai Peking Opera Troupe, la francesa Footsbarn Theater, la colombiana Laboratorio Escénico Univalle, la Compañía Argentina de Teatro Clásico o la Nacional de México.

Pero Olmedo Clásico es más que sus espectáculos. Desde el principio quisimos que fuera una apuesta a la totalidad de las facetas desde las que se puede contemplar a los clásicos. La posibilidad de verlos en el escenario había que completarla con la de reflexionar sobre ellos, utilizarlos para esa necesaria mirada hacia el pasado que permita entender cómo éramos para conocer mejor cómo somos hoy –esa es la principal misión de los clásicos, sean teatrales o no–, pero sobre todo queríamos pensar, debatir, sobre su presencia actual en los escenarios, en los proyectos de investigación, en las aulas. De eso se han ocupado principalmente las «Jornadas sobre teatro clásico», con un tema concreto en cada edición, y con la misión de servir de semillero y escuela de espectadores, de constituir un espacio donde se alimenten mutuamente el mundo académico y el escénico, y un punto de encuentro entre profesionales y aficionados del teatro clásico. Y todo ello a través de sesiones abiertas con diálogos, proyecciones, recitales y actuaciones en vivo.

En su organización y financiación participa de manera sustancial la UVa, que las ha considerado dentro de su programa de Extensión Universitaria. Pero también a la institución hay que agradecerle su contribución en especie en este y otros frentes del Festival, al estimular a sus profesores y becarios para que parte de su dedicación exclusiva la dediquen a la organización de lo que considera como propio. También ha sido valioso que las otras tres universidades públicas y la Escuela Superior de Arte Dramático de Castilla y León se adhirieran al proyecto, propiciando la

participación de sus alumnos con becas. Asimismo se unió la Cervantes Virtual, el portal más visitado de la cultura en lengua española.

Tampoco diré nombres de los más de trescientos expertos que han pasado por los sofás del salón de estar en que se convierte esos días el escenario del CAE San Pedro, porque dejaría muchos importantes, pero en verdad son muy pocas las figuras imprescindibles de los estudios, de la dirección, de la interpretación, de la gestión del teatro clásico que no han estado en ellos conversando entre sí y con el público.

Una dimensión especial cobraron las ediciones de 2009 y 2013 en que se nos encomendó organizar sendos Congresos internacionales, de 120 y 150 participantes, de los más destacados sobre teatro clásico español en lo que va de siglo. Y que de alguna manera son responsables de que no haya en ningún lugar del mundo un interesado en la materia –que, no lo olvidemos, supone una de las más destacadas de nuestro pasado cultural– que no haya oído hablar de Olmedo. Y la memoria de esos congresos –y de Olmedo Clásico, por lo tanto– aún se ha apuntalado más gracias a las actas voluminosas que se han publicado dentro de la colección Olmedo Clásico, editada por el Festival y la Universidad de Valladolid, con 17 libros ya en su catálogo.

El «Curso de análisis e interpretación actoral Fernando Urdiales» tiene el cometido de completar la formación de actores en teatro clásico. De esa faceta, y desde una perspectiva eminentemente práctica, se encarga Esther Pérez Arribas, que recoge el relevo de su primer director, al que recuerda su título. Sus enseñanzas en materias específicas, en la que no pueden faltar verso, dramaturgia, vestuario, música o esgrima, se combinan con las actividades del Festival y con las Jornadas.

Como novedad, el último año se ha iniciado el curso para profesores «El teatro clásico en el aula», que cuenta con el patrocinio de la Consejería de Educación de la Junta de Castilla y León y la colaboración de la Escuela Superior de Arte Dramático. Su objetivo es suscitar el interés por el teatro del Siglo de Oro, un patrimonio con que beneficiar a nuestros niños y jóvenes, favoreciendo su cultura, su capacitación lingüística –ahora que tanto se insiste en que se habla y se escribe mal quizá sea buen momento para impulsarles a poner un clásico en sus vidas–, su formación como personas y, no menos importante, como ciudadanos: ese teatro está lleno de

fábulas sobre las relaciones personales y políticas muy aplicables hoy día.

Al calor del Festival también se han programado exposiciones desde el primer momento. En los últimos años se ha contado con el material de Pío Baroque Fotógrafos, responsable de las imágenes de Olmedo Clásico. La empresa Oh Visual! lo es de la cartelera y de la página web (www.olmedoclasico.es), que además de constituir la ventana principal de sus contenidos, y la ventanilla de venta de entradas, ofrece un archivo histórico completo de cada una de las catorce ediciones celebradas.

En estos momentos Olmedo Clásico tiene la medida que conviene a su presupuesto, sus instalaciones y al público que ha conseguido fidelizar. Hay razones para sentirse relativamente satisfechos por lo alcanzado: en solo catorce ediciones, y pese a ser uno de los certámenes de clásico más jóvenes, es difícil no mencionarlo cuando además del de Almagro se quieren apuntar dos o tres nombres más. Se diría, por otra parte, que ha conseguido un sello de identidad propio, propiciado por algunas de sus propuestas más atractivas, como es la programación concentrada e integrada de todas sus actividades, lo que permite que en solo diez u once días los aficionados al teatro clásico asistan a una quincena de espectáculos diferentes seleccionados entre lo mejor que ha dado el año (y el presupuesto ha permitido contratar, pero esto no suele ser un inconveniente para la mayoría de los casos) y además puedan interactuar en las Jornadas con figuras de primer orden del mundo de la escena y del estudio.

Sin embargo, hay que desechar la tentación de la autocomplacencia porque incita al inmovilismo y no aflojar. Debemos ser muy conscientes de lo lento que es construir edificios culturales y lo rápido que se pueden caer por derribo o deterioro, y lo casi imposible que resulta volver a levantarlos. Y una forma de aflojar es querer mantenerse simplemente. No queda otra que abordar nuevos retos en distintos frentes, desde la mejora de las instalaciones a la ampliación de los espacios y de la programación. Uno de los más importantes es el de su *status* oficial: para consolidar y mejorar lo logrado sería conveniente que su condición de festival de teatro clásico de Castilla y León *de facto* fuera refrendada *de iure*.

En todo caso, afrontamos la decimoquinta edición dispuestos a que sea de celebración especial, aprovechando el número redondo, nada fácil de alcanzar en propuestas culturales por muy necesarias que sean. <<

LA CURIOSA HISTORIA CLÍNICA

DE UN PACIENTE CON ÚLCERA VARICOSA ESCRITA EN VERSO

Carlos Vaquero Puerta
[Catedrático de Cirugía de la UVa]

La anécdota la protagoniza el alumno de Medicina de Facultad de Medicina de la Universidad Literaria, que así se llamaba entonces, de Valladolid, Tomas Gutiérrez Perrín, en el curso académico 1903, que teniendo que presentar una historia clínica de un enfermo en la asignatura de Patología Quirúrgica cuya Cátedra regentaba don Nicolás de la Fuente Arrimadas y no habiéndolo hecho entre otras cosas porque ocupaba parte de su tiempo en sus aficiones literarias y ocupaciones nocturnas en el Diario Norte de Castilla, y por otra parte, muy aficionado al verso que le había hecho ya popular entre sus compañeros, se le concedió públicamente en clase un corto espacio de tiempo de 24 horas para que cumpliera el requerimiento. Sus compañeros cuando oyeron la propuesta y en un ambiente de algarabía reclamaron de forma jocosa que lo hiciera en verso. El requerido comentó que así lo haría y al día siguiente, el de presentación del trabajo de la historia clínica, expuso su aportación de la siguiente manera:

*Se encuentra ocupando hoy día
La décima cuarta cama
Una enferma que se llama
Braulia Treviño García*

*Estado civil casada
Hijos, dos solo ha tenido
Que siempre sanos han sido
Posición social, es tal
más que servir al marido*

*Posición social, es tal
Que falta de capital
Su esposo se vio obligado
A traerla al hospital
Para remediar su estado*

*Costumbres: morigeradas
Constitución saludable
Otras cosas preguntadas
no parece indispensable
dejar aquí consignadas*

*De esta ciudad procedente
Donde ella siempre vivió
(salvo un mes que estuvo ausente)
En la clínica ingresó
El 5 del mes corriente*

*Ha dos años que al andar,
Braulia comenzó a notar
Cansancio, aunque andaba apenas,
Y en los tobillos las venas
Se empezaron a hinchar*

*Algún alivio noto
Cuando las piernas vendó
Pues esto le aconsejaron
Mas nuevamente se hincharon
Cuando el vendaje quitó
Tratamiento el indicado,
Consistente en minio emplastado
En la región ulcerada
Baños de agua boricada
Y reposo prolongado*

*Si a pesar de lo indicado
El alivio fuese lento,
Pudiera ser intentado
El antiguo tratamiento por el plomo laminado*



Sala de mujeres de la Resurrección del Hospital Provincial de Valladolid

TOMÁS GUTIÉRREZ PERRIN (1881-1965)



Fotografía de Tomas Gutiérrez Perrin de 1904

Tomas Gutiérrez Perrin, nació en Valladolid el 28 de enero de 1881, realizó sus estudios de Medicina en la Facultad de la Universidad Literaria de Valladolid licenciándose en 1905. Concluidos sus estudios médicos se trasladó a Madrid y trabajó desde 1905 a 1907 como ayudante de las cátedras de Histología Normal, Anatomía, Patológica y Bacteriología y fue nombrado jefe de trabajos histoquímicos en el laboratorio de Clínica Médica de la Facultad de Medicina, de la Universidad Central de Madrid en sus primeros años de postgraduado. Se doctoró en 1907 por la Universidad Central de Madrid con la tesis con el título *El treponema de Schauddin*. Es en el año 1908 cuando emigró a Méjico. Trabaja como médico e investigador en una Comisión del Consejo Superior de Salubridad Mexicana, institución encargada de estudiar la transmisión de la sífilis y la histoplasmosis. En el mismo año, fue nombrado presidente de histología y anatomía descriptiva y topográfica de la boca y las estructuras adyacentes en La Escuela Nacional de Odontología, fue profesor de histología desde 1913 en la Facultad de Odontología, de la Universidad Nacional Autónoma de México, formando parte del Consejo Universitario y desempeñó funciones como Jefe del Departamento de Histología de la Facultad de Medicina. Ocupó las cátedras

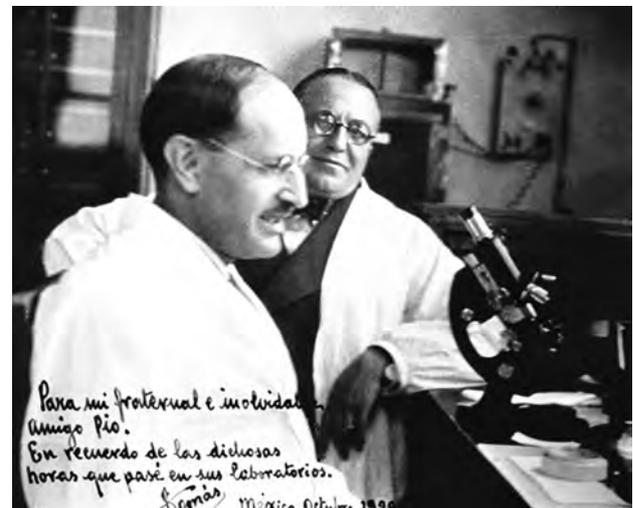
de Histología Normal y Anatomía Prescriptiva, en la Escuela Odontológica de México. Incorporado al ejército mejicano llegó al grado de Teniente Coronel incorporado a la Escuela Médica Militar de México. Ostentó la jefatura de los Laboratorios de Química y Pruebas Funcionales del prestigioso Instituto de Cardiología de México, del Laboratorio Médico del Departamento de Material de Guerra e Histopatólogo del Hospital de los Ferrocarrileros. Fundó el Instituto Hispano-Mexicano para el Intercambio Universitario en 1925. Bajo los auspicios de este instituto, invitó a Francisco Tello y Pío del Río-Hortega a viajar a México. Recibió un doctorado honoris causa por la Universidad Nacional, siendo nombrado corresponsal honorario de la Dirección General de Estudios Biológicos, y miembro honorario de las principales sociedades científicas mexicanas.

Falleció en Méjico en el año 1965.

Independientemente de sus aportaciones en el campo de la medicina, realizó algunas en el campo de las letras, publicando tres libros de cuentos, uno de poesía y algunas obras de teatro. <<

BIBLIOGRAFÍA

- CORTEJOSO, L. *Académicos que han sido*. Institución Cultural Simancas. Gráficas Andrés Martín, S. L. Valladolid, 1986.
- COSTERO, I. *Dr. Don Tomás Gutiérrez Perrin*. Arch. Inst. Cardiol. Mex. 1966; 36, 1: 5-6.
- CHAVEZ, I. «Necrológica». *Gaceta Médica de Mexico*. 1966; 96, 2: 155-8.
- DOSIL, F. J. «The mark left by exiled Spanish neuroscientists in Mexico: Cajal's overseas legacy». *Neurosciences and History* 2013; 1(4): 154-161.



Pío del Río Hortega y Tomás Gutiérrez Perrin (1929)

LA FACULTAD DE MEDICINA

EN LA VECINDAD DE PEDRO DE LA GASCA

Javier Burrieza Sánchez
[Profesor Titular de Historia Moderna de la UVa]

«La Iglesia de Santa María Magdalena cuenta con una escasa valoración y conocimiento de los ciudadanos, en proporción a su magnificencia, con numerosas asignaturas pendientes en su conservación»

La Facultad de Medicina, presente en este ámbito urbano de Valladolid desde 1889, es vecina de un gran templo de dimensiones catedralicias, construido para ser un gran mausoleo del obispo Pedro de La Gasca. Me refiero a la dedicada a Santa María Magdalena. Esta iglesia cuenta con una escasa valoración y conocimiento de los ciudadanos, en proporción a su grandeza y magnificencia. En los últimos meses, y a requerimiento ejecutivo del Ayuntamiento —según indica su párroco desde el año 2000, Javier Martínez Sastre— se ha realizado una obra de gran envergadura en la fachada lateral de la misma, aquella que se encuentra más a la vista de la Facultad y del Monasterio de las Huelgas Reales. El costo de la misma se ha elevado por encima de los doscientos cuarenta mil euros, que tendrán que salir de los fondos de los vecinos y feligreses de la parroquia, gentes muchas de ellas con economías muy humildes. Ante la imposibilidad de disponer de la cantidad mencionada, la parroquia ha recibido un préstamo del Arzobispado que es necesario devolver. Esta última fase, que contribuye a la valoración del edificio y a su prestancia, se une a las obras ya culminadas en las que se procedió a la restauración del enorme escudo de su fachada principal —con un costo de setenta mil euros— en buena parte pagados por la Junta de Castilla y León que ya había intervenido en 2007 en las cubiertas, mientras que la parroquia rehabilitaba la casa parroquial adosada. Sin embargo, en esta iglesia de grandes proporciones, muchas son las urgencias a acometer como las escaleras y puertas de acceso, el coro muy deteriorado o la limpieza del retablo monumental de Esteban Jordán, por no hablar de

los aposentos del patronato o la cripta. El órgano, muy valorado, no se pudo arreglar, cuando se contaba con los fondos extraordinarios para su puesta en marcha, pues la ubicación en un coro deteriorado lo impedía.

UN PODEROSO HOMBRE DE ESTADO

La magnificencia del exterior se contagia todavía más al entrar en su interior, admirar su fábrica culminada en el espacio por ese retablo mayor. El punto de partida habría de ser ubicado en el sepulcro de un personaje de gran relevancia en el siglo XVI, en la Monarquía de España: el obispo Pedro de La Gasca, fallecido hace ahora cuatrocientos cincuenta y dos años. Teodoro Hampe, uno de sus estudiosos, lo ha calificado como un modelo de «cortesano-diplomático-clérigo-inquisidor», un funcionario de la administración de lo político y religioso, en lo civil y lo sagrado, desde el servicio prestado a la autoridad del emperador Carlos V aunque nunca de manera gratuita.



La iglesia parroquial de la Magdalena y la antigua Facultad de Medicina



El escudo del obispo La Gasca en la fachada lateral del templo

El ámbito de actuación de La Gasca no solo se encuentra en Castilla aunque su formación fue castellana, desde su localidad natal —hoy diríamos abulense— de Navarregadilla en donde nació en 1493. Una familia de hidalgos, con buena posición y, sobre todo, con relaciones para que este primogénito fuese promocionado en las mencionadas administraciones. La Castilla de Fernando el Católico —ya viudo y con Cisneros—, de la llegada de su nieto Carlos, de la revuelta de las Comunidades —La Gasca se mostró «realista»— y de la plenitud del poder del Emperador, necesitaba hombres de leyes, nacidos de las Universidades más que de la nobleza, que pasasen por Alcalá, Salamanca o Valladolid y por sus colegios mayores. Estudió en las dos primeras, se mostró partidario de la reforma disciplinaria de la Iglesia en la línea cisneriana, con cierta inspiración en el humanismo erasmista que en Castilla conquistaba terreno. Hombre de estudio y con buenos contactos con los componentes de la llamada escuela de Salamanca, entre ellos fray Francisco de Vitoria —el padre del derecho internacional—, capaz de formarse en esas disciplinas que posibilitaban gobernar pueblos indígenas de América con la presencia de la autoridad de esta metrópoli, en la construcción de un mundo de «razón y justicia» y con un concepto moderno del Estado, capaz de cobijar a los sujetos de la República —y no hablamos de una jefatura política—.

La Gasca puso en marcha lo mucho aprendido. Lo hizo en las distintas administraciones, en la Iglesia de la archidiócesis de Toledo con el cardenal Tavera; en la Corte no lejana de Valladolid con el todopoderoso secretario Francisco de los Cobos; como visitador oficial del reino de Valencia, donde pudo entender la complejidad institucional de esta Monarquía y donde confesó que, no solo trató con gentes y oficios distintos sino, también, «entró» en ese mar que no había visto nunca. Mucho mar contempló después hasta llegar al Perú, donde habría de pacificar la revuelta de Gonzalo Pizarro, vencer militarmente a los rebeldes, administrar la victoria, extender la autoridad del monarca y beneficiarlo con los metales preciosos. No pidió soldados, sueldos o armas sino «un poder general tan pleno y absoluto como el que poseía el Emperador». Fue, como indica Hampe, un hombre «fino» de gobierno, preocupado por el buen trato a los indios, interpretando las propuestas del dominico fray Bartolomé de Las Casas, el cual se encontraba en la cumbre de su Controversia de Valladolid.

La Gasca fue recompensado con el gobierno de las diócesis de Palencia y Sigüenza. Pero se debía antes a las cuentas de su gobierno en Indias ante Carlos V y, por eso, viajó a Augsburgo. El Emperador le pidió que lo asesorase en los problemas del Imperio en Alemania. Desde su efectividad y formación, abandonó los principios reformadores cisnerianos. Ambicionaba honores y reconocimientos, fundó mayorazgo en su hermano Diego, promocionó a su familia e invirtió en la salvación de su alma, en la obra pía y capellanías que constituyó en Valladolid, a través de este gran mausoleo en el que se convirtió la nueva parroquia de Santa María Magdalena, sustituyendo al edificio anterior del que solamente restó la capilla del doctor Corral, adquirida en 1538.

EL SEPULCRO DEL OBISPO LA GASCA

Una vez escogido el que habría de ser lugar de su entierro y el de su familia en la entonces villa de Valladolid —geográficamente estaba en su antigua diócesis de Palencia aunque jurisdiccionalmente el abad de la Colegiata dependía directamente de Roma— otorgó poderes a su hermano Diego de La Gasca, que residía junto al Esgueva, para que pudiese firmar la capitulación de su patronato sobre la capilla



Valladolid desde la torre de la Magdalena. En primer plano el palacio de la familia de don Pedro, convertido en Colegio de La Enseñanza

mayor de la existente iglesia de la Magdalena: «que en la dicha capilla mayor se puede enterrar al dicho señor obispo y Juan Ximenez de Ávila y doña María Gasca, sus padres, y el licenciado Diego González de Ávila su tío y al patrón y patronos y sus mujeres y los hijos y descendientes». Dispuso para ello de la información otorgada de un arquitecto como Francisco de Salamanca que había impulsado la reconstrucción del Valladolid incendiado en 1559 por orden de Felipe II. En la escritura de asiento y concordia que se encontraba fechada en 1564, el obispo se comprometía a pagar la capilla mayor con su reja y retablo, amén del sepulcro que habría de acoger sus restos. Estableció las trece capellanías que habrían de servir para sus intenciones y unas casas en frente de la iglesia para la residencia de estos capellanes. Pero también habría de pagar la edificación del resto de la iglesia, con la fachada, la torre y las otras capillas con una dotación para la misma. Naturalmente, él no conoció lo que proyectó pero sí sus descendientes, los marqueses de Revilla, un título creado en el reinado de Carlos II en favor de Diego Gasca de la Vega.

Cuando falleció don Pedro un 10 de noviembre de 1567 en su sede episcopal de Sigüenza, ya había dispuesto que su cuerpo fuese trasladado a Valladolid a esta ubicación que todavía no se encontraba concluida. Y se cumplió esta voluntad seguidamente, pues ocho días después pudo encontrarse depositado de manera provisional en la iglesia vieja. Fue el arquitecto Rodrigo Gil de Hontañón el que, para entonces, ya la estaba levantando aunque contaba con un plazo de tres años para hacerlo al estilo «romano». Eso sí, las bóvedas habrían de ser de crucería. Fue el también arquitecto Francisco del Río el que a través de escritura de 1570 se comprometía en la construcción del cuerpo

de la iglesia y la torre, con la traza anterior. Con piedra de Villanubla se edificó la fachada en la que se dispuso el monumental escudo de armas de don Pedro con «capelo y cordones y armas y banderas y estandartes», realizado con piedra de Aldea del Val. Todo era contratado por el mencionado doctor Diego de la Gasca. No falta en cada una de las dependencias el inevitable escudo episcopal, muestra del patronato ejercido y el habitual letrado en latín, ubicado para su lectura en el friso, copiado por el historiador

Manuel Canesi y refiriéndose al sepulcro que procederemos a describir, aunque todo el conjunto sirve de contexto. El espectacular e impresionante retablo mayor se concertó en octubre de 1571 con el escultor Esteban Jordán, que también habría de encargarse del sepulcro del fundador, así como de la arquitectura y escultura. No nos podemos entretener en su mensaje, sin olvidar ese altorrelieve en la parte central de la traslación de María Magdalena.

Aunque existe una cripta debajo del presbiterio, que han seguido utilizando sus descendientes los marqueses de Revilla y de Duero, su cuerpo se introdujo en el sepulcro, con una cama de jaspe de la cantera de Espeja. Sobre él, se dispuso la estatua yacente en alabastro de Cogolludo, realizado también por Esteban Jordán, de gran prestancia y solemnidad, en la cual el obispo vestía con la mitra, alba, casulla, guantes, anillos y el báculo sujeto por sus manos y su cuerpo recostado, siempre mirando —con los ojos cerrados— al gran retablo. Estuvo situado a los pies de las escaleras del mencionado presbiterio, trasladado después al centro de la iglesia: «sólo el señor obispo pueda poner y ponga en el medio de la dicha capilla mayor su tumba y bulto de piedra labrado y levantado y que ningún otro patrón, pueda poner en el suelo de la dicha capilla vulto levantado de la haz del suelo». A los pies, se podía leer un versículo del libro de la Sabiduría, «*accepit regnum decoris et diadema speciei de manu Domini* / recibió el reino del honor y la diadema de la belleza de mano del Señor». Como confirmaba la visita realizada por el segundo obispo de Valladolid, Juan Bautista de Acevedo en 1604, el patrono se había obligado a hacer un gasto de seis mil ducados — «y no menos»— para su entierro, gasto de la iglesia, así como su dotación.

UN RETABLO DEL HOSPITAL DE LA RESURRECCIÓN

Subrayaba Casimiro González García-Valladolid que el retablo que había sido ubicado en la parroquia de La Magdalena un 18 de julio de 1900, procedía del desaparecido Hospital de la Resurrección que había sido demolido —recordemos la inauguración del nuevo Hospital Provincial y de la Facultad de Medicina en este barrio de la ciudad—, habiendo pertenecido a la Real Cofradía del Santo Sepulcro. Fue el obispo fray Gregorio de Pedrosa (monje jerónimo) en 1644 el que «determinó con su justo celo y pía devoción colocarle y ponerle más decente y sitio más devoto, mirando como docto y sabio el lugar más conveniente para tal colocación». Procedía este «Santo Sepulcro» del Hospital de San Bartolomé y se fusionó con la cofradía de las Ánimas del Purgatorio. Aquel «Santo Sepulcro» se situó, con posterioridad al Hospital, en el retablo que contemplamos hoy en la Magdalena. Posee una pieza de gran interés en la iconografía de Cristo Yacente, fechada en el primero decenio del siglo XVI. Aunque su lugar se encuentra en la urna del retablo sobre la cual se dispone una Dolorosa, actualmente ha sido ubicado junto al banco del retablo mayor. Esta iglesia no solamente recibió imágenes y retablos de aquel Hospital sino también del monasterio de la Orden de la Merced, tras la desamortización. En esta iglesia también se encontraban instaladas diferentes cofradías, según ha estudiado Margarita Torremocha, sin olvidar precisamente el Cristo Crucificado de las Batallas, obra de Francisco del Rincón a principios del siglo XVII, el escultor que introdujo en Valladolid a Gregorio Fernández.



El gran y espectacular escudo del obispo-patrono

En nuestro paseo por la iglesia de La Magdalena, su párroco Javier Martínez destacaba la prestancia de los aposentos que los patronos habían edificado para contemplar desde los mismos, con balcones abiertos al presbiterio, los cultos que se desarrollaban dentro del templo. Hoy se encuentran muy deteriorados y apenas accesibles, aunque serían adecuados para una visita histórica al edificio.

Si alguien le pregunta a este sacerdote sobre el envejecimiento de sus feligreses, considera que la respuesta no es exacta si no mencionase a los grupos que dinamizan la vida parroquial. Incluso, consideraba incompleta la

respuesta si no tuviese presente a los cientos de jóvenes que viven y transitan en torno a la Magdalena y pudiesen necesitar de una comunidad cristiana o los pacientes y familiares que acuden al Hospital Clínico. Todos ellos son un «predilecto manantial de vida y actividad pastoral». Se muestra «dichoso de disfrutar de todo ello como es, con la grandeza y la profundidad que posee, privilegiado porque ha recibido algo grande —y no solo en tamaño—; no son únicamente piedras, poseen un contenido humano muy profundo».

Recordaba, para finalizar, algunos puntos de vinculación con la Facultad de Medicina. Aquel profesor de Anatomía que encargaba una misa de difuntos por el alma de aquéllos que habían donado sus cuerpos a la ciencia o se encontraban en el depósito y eran utilizados en la labor docente e investigadora. No olvida las promociones de licenciados de Medicina y Cirugía que celebran la Eucaristía en este templo cuando llegan los cincuenta años de su «graduación». Quizás todo ha cambiado, también la Facultad, pero las paredes de La Magdalena, con vocación de alzarse hasta el cielo, continúan en el mismo sitio. <<

LOS OCIOS MÉDICOS

DEL BACHILLER VICENTE PÉREZ DE LA PORTILLA (Ca. 1795)

José Manuel López Gómez
[Institución Fernán González, Burgos]

1. Introducción

Hace algún tiempo encontré casualmente en un mercadillo un folleto que me llamó de inmediato la atención, llevaba por título completo: *Ocios médicos de Don Vicente Pérez de la Portilla, Bachiller en Filosofía y Medicina; Socio de Honor de la Real Academia Anatómico-Médica de la Universidad de Valladolid, y médico titular de la villa de Tordehumos, y de su cabildo eclesiástico*; se había publicado en Palencia, en Casa de Alvarez (sic), no constaba fecha de publicación; su extensión era breve, 37 páginas en octavo, pero parecía un trabajo interesante y curioso.

Pronto comprobé que no se hallaba referenciado en ninguno de los grandes repertorios bibliográficos españoles, tanto generales, como médicos. No se mencionaba ni en el *Manual del librero hispano-americano* de Palau, ni en la extensa *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, que Francisco Aguilar Piñal publicó en nueve tomos entre 1981 y 1999; ni en la *Bibliographia medica hispanica 1475-1950*, que bajo la dirección del prof. López Piñero vio la luz en Valencia también en nueve volúmenes que van de 1987 a 1996.

Solo en 1987 se había publicado un trabajo sobre su actuación en el Principado de Asturias en 1804¹; esta escasez de datos me llevó a realizar algunas investigaciones sobre su vida y su obra.

2. El Bachiller Vicente Pérez de la Portilla (1771-1825)

Por una anotación de su expediente de Bachiller en Filosofía sabemos que nació en Valladolid en 1771: «Examinamos y aprobamos

para oír Facultad en esta Real Universidad a Don Vicente Pérez, natural de esta ciudad (...) de edad de catorce años, ojos y pelo castaño, y pecoso de viruelas. Valladolid y octubre diez y nueve de mil setecientos ochenta y cinco»². Los años siguientes siguió con aplicación los cursos correspondientes, y el 8 de noviembre de 1791 dirigió una instancia al Rector de la Universidad, exponiendo «*que con el motivo de hallarse estudiando cuarto año de Medicina, y tenerse que graduar en el próximo San Juan de Junio en la misma Facultad, le es indispensable graduarse en Filosofía, lo que en efecto quisiera hacer cuanto antes a fin de desembarazarse, y prevenirse para el otro, pero como se halla imposibilitado de poderlo hacer por falta de medios para ello por ser pobre a V.S. suplica se sirva admitirle al grado, habilitándole de los gastos, no solo del grado, sino de los que se puedan seguir si fuese necesario hacer la justificación*»³.

En efecto la justificación se realizó por dos testigos, y el Rector accedió a concederle los beneficios de pobreza, señalando el día 26 de diciembre a las once de la mañana para efectuar el examen de grado en Filosofía, nombrando como examinadores a los tres catedráticos de Artes más modernos.

Superado este requisito previo, al año siguiente solicitó al Rector que se le señalase día y hora para tomar puntos con el fin de examinarse del grado de Bachiller en Medicina, se le fijó el 3 de junio de 1792 para tomarlos, a las nueve de la mañana, y el 4 para defenderlos ante los Dres. Pinillos, Martínez y Muñoz, que constituían el tribunal; siendo aprobado *nemine discrepante*⁴.

Sin duda Vicente Pérez de la Portilla debió de ser un alumno brillante pues el 25 de enero de 1797 el bedel de la Universidad vallisoletana

¹ GRANDA JUESAS, Juan, «Una epidemia de calenturas gástrico-biliosas en el Principado de Asturias (1800-1804)», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, año 41, n.º 123, 1987, pp. 729-738.

² Archivo Universitario de Valladolid (AUVa), leg. 497/232-236.

³ Ibidem.

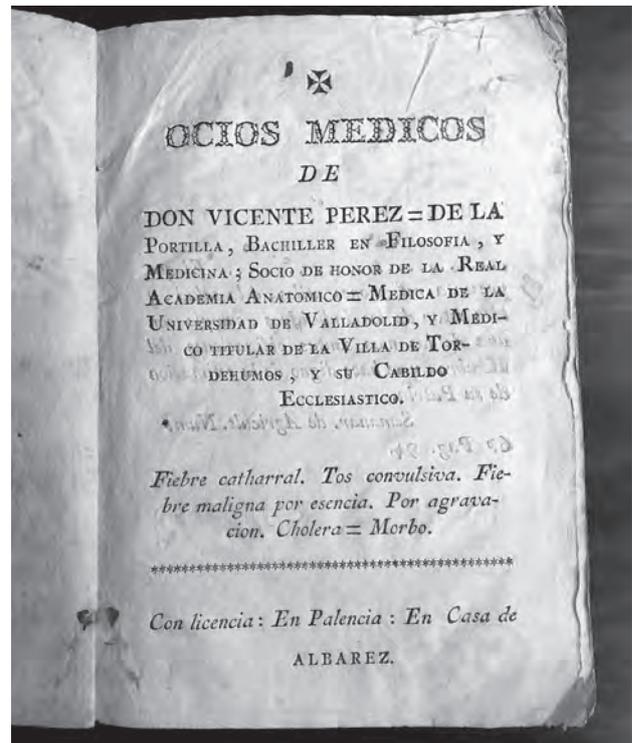
⁴ AUVa, leg. 519/216-232.

certificó que en los años de 1791, 1793 y 1794 presidió diferentes actos académicos mayores y menores en la Facultad de Medicina: y que el curso 1792-1793 sustituyó la cátedra de Vísperas de Medicina «*por nombramiento del claustro general*», en ese mismo curso desempeñó también «*en las ausencias y enfermedades del propietario*» la cátedra primera de Instituciones Médicas; y en el curso 1793-1794 impartió de nuevo las enseñanzas de la cátedra de Vísperas de Medicina⁵.

Este prometedor futuro académico quedó truncado, siéndole preciso buscarse acomodo profesional como médico titular de alguna localidad. Su primer destino fue Tordehumos, en donde le hemos de suponer a finales de 1794 o principios de 1795.

Según las Respuestas Generales del catastro del marqués de la Ensenada, Tordehumos era a mediados del siglo XVIII, señorío de la duquesa del Infantado, contaban con unos 900 habitantes, dos parroquias, y un convento de clarisas con 27 religiosas, vicario y confesor, habiendo un total de 15 sacerdotes ordenados *in sacris*, y 3 capellanes de prima tonsura⁶, por lo que no andaba descaminado Vicente Pérez de la Portilla cuando en su folleto afirma que es médico de la villa y su cabildo eclesiástico.

Consta que ya en 1800 ocupaba la titular de otro pueblo vallisoletano, Mayorga de Campos, a unos 50 km al norte de Tordehumos, de mayor importancia y población; desde Mayorga, dirigió el 19 de enero de 1804, un escrito a la Real Academia Médica Matritense solicitando ser nombrado socio correspondiente⁷. A mediados de ese año el Gobierno le comisionó para combatir una epidemia de calenturas gástrico-biliosas que asolaba la ciudad de Oviedo y el Principado de Asturias. Regreso con éxito de esta encomienda, asentándose en la ciudad de Valladolid, donde fue nombrado miembro de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, escribiendo un pequeño libro sobre sus actuaciones en Asturias. Durante la guerra de la Independencia sufrió persecución por los franceses, teniendo que refugiarse en la ciudad de Palencia, donde atendió a los militares heridos



y enfermos, siendo nombrado médico consultor honorario de los Reales Ejércitos. Finalizada la contienda regreso en 1814 a su ciudad natal, aunque por poco tiempo, pues pronto se trasladó a La Coruña en funciones de médico militar⁸.

Al anunciar las autoridades municipales de Santander en marzo de 1816 concurso de méritos para proveer la plaza de médico titular primero de la ciudad por fallecimiento del que la detentaba, se presentaron 45 candidatos, uno de los cuales fue Vicente Pérez de la Portilla, quien firmó su solicitud en La Coruña el 10 de abril de ese año. Hechas las oportunas averiguaciones, los regidores de la ciudad cántabra le eligieron como su médico titular, y así se lo hicieron saber por carta de 12 de julio⁹.

Ese mismo año 1816 por encargo del municipio santanderino realizó un estudio sobre las virtudes medicinales del agua de la fuente de la Salud, cercana a la ciudad, que fue publicado. En 1821 instó a las autoridades para que limpiasen la dársena del puerto y evitaran la propagación de enfermedades contagiosas. Su viuda solicitó en 1825 el pago de los atrasos devengados por su difunto marido¹⁰.

⁵ AUVa, leg. 359/65.

⁶ Archivo General de Simancas (AGS), Catastro de la Ensenada (CE), Respuestas Generales (RG), Libro 652, fol. 620 y ss.

⁷ Archivo de la Real Academia Nacional de Medicina (ARANM), sig. 019(1080).

⁸ Archivo Militar de Segovia (AMSG), expediente de Vicente Pérez de la Portilla.

⁹ Archivo Municipal de Santander (AMSa), sig. A-62 n.º 91.

¹⁰ AMSa, sig. A-118 n.º 5.

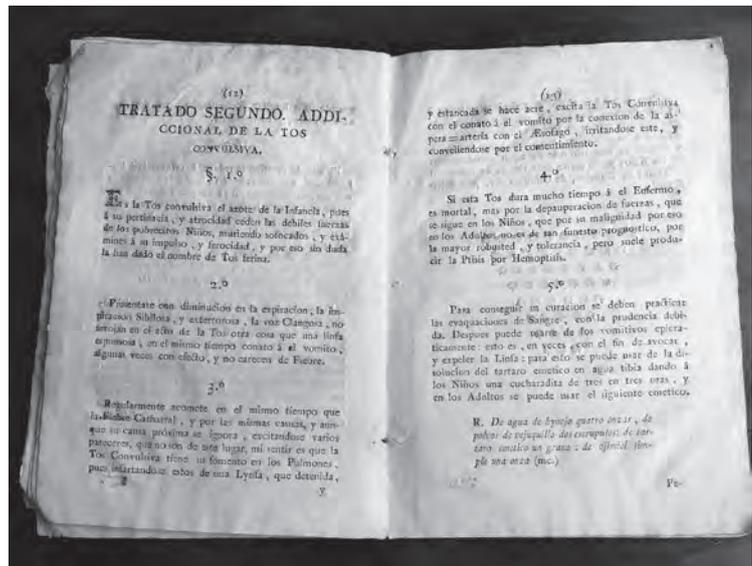
3. Los Ocios Médicos

La obra comienza con una frase entresacada del *Semanario de Agricultura*: «El que presenta reflexiones útiles a la salud y bien estar de los Individuos, cumple con una de las más santas obligaciones del Hombre, y se hace digno de la estimación de su Patria»¹¹, que sitúan a Pérez de la Portilla como un defensor convencido de los postulados de la Ilustración.

A continuación la dedica al Dr. Félix Martínez, un burgalés que alcanzó los más altos puestos académicos en la Facultad de Medicina de Valladolid, siendo un clínico de sólida formación y autor de diversos tratados de su especialidad¹². En esta dedicatoria le considera su principal maestro en la teoría y en la práctica médica, afirmando que si no ha resultado un discípulo inteligente, si al menos agradecido.

Sigue una introducción o *Proemio* en la que el autor da cuenta de los motivos que le han llevado a escribir este trabajo: «Todos los días se están viendo en la práctica excesivos errores que cometidos por sujetos faltos de instrucción, no admiten corrección, ni con las razones, ni con la experiencia, fundados solo en aquel modo de pensar que adquirieron en sus principios; sean, pues, objeto de mis reflexiones los errores que se cometen en los tratados que doy al público. Siempre ha habido la desgracia de precipitarnos en la profunda sima del amor propio, juzgando y censurando solo por nuestro capricho en las Ciencias, y Facultades de las que aún no tenemos noción. La que más ha padecido en esta preocupación es la honorífica Profesión Médica, teniendo la desgracia sus sabios profesores de no ser visto su Mérito (...)».

Tras estos amplios preámbulos entra propiamente en materia, divide su obra en 5 capítulos o «tratados», dedicados, cada uno de ellos, a una enfermedad o cuadro clínico: 1.º La fiebre catarral, 2.º La tos convulsiva o tosferina, 3.º La fiebre maligna por esencia, 4.º La fiebre maligna por agravación, 5.º El cólera morbo. Subdivide a cada uno de ellos en varios puntos en los que aborda la definición del proceso patológico, sus



causas, su evolución, su sintomatología, su pronóstico y su tratamiento; tratando de sistematizarlos con la mayor precisión y claridad.

Como es evidente está sujeto en sus explicaciones a los conocimientos de la época, así por ejemplo al referirse al cólera morbo afirma: «Todos los prácticos convienen en que el cólera morbo no es otra cosa que la copiosa expulsión de materiales biliosos por la parte superior e inferior. Distínguese del dolor cólico en que en éste, aunque suele haber alguna evacuación por vómito, es en corta cantidad y no es frecuente»; y prosigue: «Muchas son las causas que pueden producir este efecto, pero son las principales la ira vehemente, el depósito de materiales biliosos en el ventrículo, la regurgitación de la bilis desde el ducto colédoco a el ventrículo (...)». Resulta evidente que lo aquí definido como cólera morbo no se corresponde en absoluto con lo que hoy entendemos como tal, de ahí la trascendencia y la dificultad del estudio del concepto evolutivo de las enfermedades.

Este trabajo termina con un «aviso», en el que Vicente Pérez de la Portilla expone su intención de publicar cada tres meses un cuaderno «hasta completar todas las enfermedades agudas, tratadas por este estilo, el que contendrá poco más o menos los mismos folios, insertando en alguno de ellos un compendio de materia médica, para facilitar la instrucción por este medio». Propósito que, probablemente por sus crecientes ocupaciones, no llegó a cumplirse. «

¹¹ *Semanario de agricultura*, n.º 6, p. 94.

¹² RIERA PALMERO, Juan, «Félix Martínez López (1753-1827), Director de la Real Academia de Medicina de Valladolid», *Anales de la Real Academia de Medicina de Valladolid*, 2013, 50, pp. 277-299.

PROF. GÓMEZ BOSQUE.

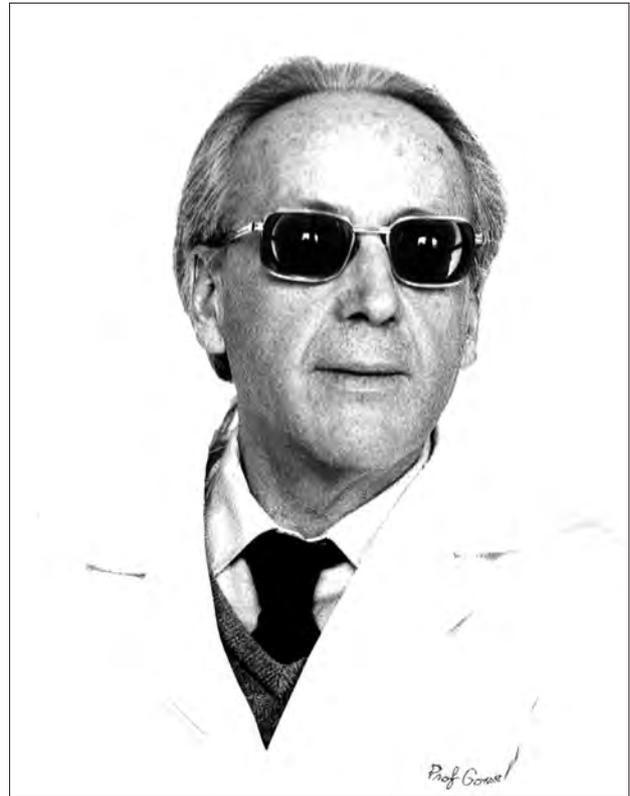
CATEDRÁTICO DE ANATOMÍA

Carlos Vaquero Puerta
[Catedrático de Cirugía. Facultad de Medicina de Valladolid]

Revisando entre mis archivos, el pasado verano he encontrado un «In Memoriam» que escribí poco después de su fallecimiento sobre el Profesor Gómez Bosque, don Pedro, que me ha parecido oportuno recuperar y, por otra parte, volver a publicar.

Don Pedro Gómez Bosque, que falleció el 21 de junio de 2008, sigue siendo una persona recordada no solo porque se haya denominado con su nombre un puente, un grupo escolar, un Aula, entre otras dependencias y del que se conocen muchas cosas. Algunas se han escrito, otras simplemente se han comentado, pero el perfil de una persona tiene múltiples facetas a veces imposible de apreciar o valorar en toda su extensión y profundidad. Todos han reconocido su extraordinario nivel científico, filosófico e incluso humanístico. Se ha conocido su perfil como persona comprometida socialmente de lo que da cuenta sus múltiples actividades e incluso sus compromisos con instituciones como Asprona, en su obra social, o Cruz Roja que presidió a nivel provincial y regional. También se conoce su compromiso político con la izquierda y, concretamente, con el partido socialista por el que fue Senador y alcanzó su presidencia provincial honorífica, e incluso sus escarceos con el movimiento de Falange en los primeros años de la postguerra civil española que, por otra parte, Don Pedro nunca ocultó. Su dedicación a la docencia se podía comprobar de forma cotidiana por sus alumnos y compañeros-profesores y de la que nunca se apartó y menos alejó, a pesar de sus múltiples compromisos sociales y políticos. Don Pedro fue algo más que un simple docente desde el punto de vista profesional.

Había nacido en San Lorenzo del Escorial (Madrid) el 5 de julio de 1920. A la edad de cuatro años se quedó huérfano de padre y su madre se trasladó a Málaga. Tuvo dos hermanos, Pablo y una hermana que falleció poco después de su nacimiento. Comenzó sus estudios elementales en la población de La Zarza,



Don Pedro Gómez Bosque

pueblo donde residían sus abuelos paternos. Estudió bachillerato en Málaga y Santa María la Real de Nieva (Segovia). Con el inicio de la Guerra Civil, tuvo que incorporarse al ejército nacional y también al frente de Guadarrama durante meses y, más tarde, en Asturias. Durante su participación en el conflicto bélico se origina una de las anécdotas contadas de forma repetitiva y es que siempre iba acompañado de sus libros de Anatomía que llevaba en el petate, en concreto el texto de *Testut*, por lo que sus compañeros llegaron a apodarlo con el nombre de este anatómico francés. Sin embargo, no comienza sus estudios de Medicina en la Facultad de Medicina vallisoletana hasta que no concluye la Guerra Civil soportado con una beca. Fue Alumno Interno de cátedras en el perfil de Anatomía, ocupando la plaza del Instituto Anatómico Salvino Sierra, durante la segunda



Sus hijos, Pedrito y María Eugenia

parte de los estudios de Licenciatura. Concluyó los estudios en 1945, realizando posteriormente oposiciones al cuerpo de Sanidad Militar, siendo destinado a Marruecos a la localidad de Had de la Garbia. Sin embargo, su vocación iba en otras direcciones por lo que realiza su Tesis Doctoral en 1948, incorporándose al Departamento Anatómico bajo la dirección de López Prieto, donde ocupó plaza de Profesor Ayudante de Clases Prácticas y Profesor Auxiliar, llegando a Catedrático de Anatomía en el año 1955. Completó su formación investigadora becado en Alemania en prestigiosas instituciones como la Max Plank de Marburg, entre otras, y en la Max Plank de Investigaciones Cerebrales. Llegó a ser profesor de la cátedra extraordinaria de Anatomía de la Universidad de Marburg y de una cátedra en Frankfurt. Sin embargo, su personalidad destacó más por su faceta de pensador, humanista, filósofo y psicólogo que la de simple morfólogo. Experto en neurociencia, logró integrar sus conocimientos anatómicos con la implicación de las estructuras en el funcionamiento del cerebro y el sistema nervioso en general, que le llevó a publicar múltiples obras que, aunque complejas en su contenido, son de fácil lectura y comprensión.

Yo lo conocí siendo estudiante de Medicina, hace ya 50 años, allá por el año 69 y me vinculé a él, primero como alumno interno del Departamento, inicialmente siendo su dibujante, posteriormente como Alumno Interno Agregado, luego Interino y posteriormente como numerario del Instituto Anatómico Sierra; y más

tarde Alumno Interno Numerario de la Cátedra de Anatomía que él dirigía. Al finalizar mi Licenciatura, fui propuesto por él y nombrado Profesor Ayudante de clases prácticas; a continuación, me propuso como Profesor Adjunto Interino y más tarde obtuve por oposición la Plaza de Profesor Adjunto Numerario, en lo que tuvo mucho que ver. Me dirigió la Tesis Doctoral y cuando me desvinculé del Departamento Anatómico después de permanecer junto a él 18 años, 6 años como estudiante y 12 como profesor, acudía a mí generalmente por consultas médicas personales, familiares y curiosamente de su perra, a la que llegué a operar en varias

ocasiones en el Laboratorio de Cirugía Experimental de la Facultad de Medicina.

Don Pedro era el Catedrático de Anatomía de la Facultad de Medicina de Valladolid y gozaba de un extraordinario prestigio, tanto entre los estudiantes como los profesores, lo que durante un periodo le llevó a ejercer de Vice-decano.

Sus clases se consideraban magníficas por su contenido, sencillez y claridad. Don Pedro era un lector empedernido; autores como Nietzsche, Heidegger, Hegel, Scheler, Marcuse, Kant, Buber, Doctoyevski, Hengstenberg e incluso Marx formaban parte de su biblioteca, sus citas y comentarios. Recuerdo la Navidad del año 1972 cuando en la celebración del Departamento Anatómico don Pedro realizó una lectura de Marx, después otras de Nietzsche, siguió la de algunas de los evangelios y se culminó la celebración con la música navideña



Con su esposa Eugenia, su hija María Eugenia y su perrita



Don Pedro ejerciendo la docencia en la Sala de disección de Anatomía

interpretada al órgano por José Manuel Vázquez Gallego, terminando la velada con unos villancicos cantados por las monjitas de la Caridad del vecino Hospital de la Resurrección. Lo que inicialmente podría interpretarse como incoherente, con don Pedro resultaba comprensible. Curiosa fue su vinculación a ideas de religiones orientales taoístas y budistas que marcaron la última etapa de su vida.

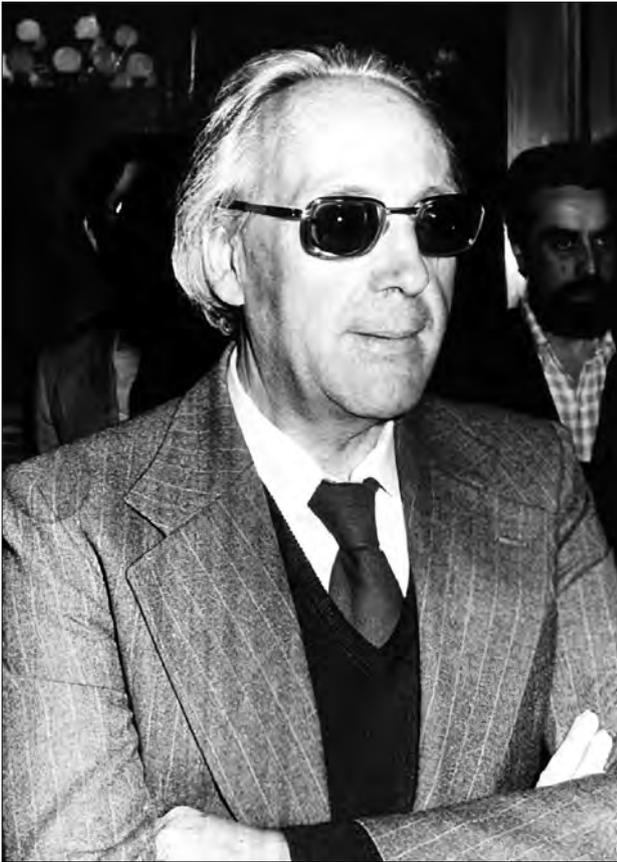
Don Pedro se mostró durante su vida casi tan amante de los animales como de los humanos. Puedo imaginar lo que sufrió dirigiendo mi Tesis Doctoral que realicé utilizando perros que operaba en una habitación situada frente a su despacho porque a veces presenciaba a su pesar las intervenciones, situación de comprensión y tolerancia a la que había que añadir la frecuente de encontrar las necesidades de los animales que realizaban delante de la puerta de su despacho antes de la intervención. A don Pedro era habitual encontrarlo paseando a su perra a la que tenía un gran cariño y también a pesar de sus problemas de visión, desplazándose por las calles de Valladolid, para muchos de forma suicida, en bicicleta. Recuerdo el día que me solicitó, ante la degradada situación del animal, su sacrificio después de intervenirla repetitivamente de múltiples tumores; previamente pidió despedirse del animal, realizarse una fotografía con la perra y que el sacrificio se realiza al día siguiente sin su presencia.

De sus actividades fuera del contexto de la Medicina, quizá sus inquietudes sociales le hicieron acercarse a la política, inicialmente de la

Municipal al ejercer de concejal del Consistorio vallisoletano entre 1958 y 1965 y a nivel nacional, al ser elegido Senador por el partido socialista en las primeras elecciones democráticas en 1979, cargo al que renunció posteriormente.

De todos era conocido que don Pedro era un hombre de fácil diálogo, gran comunicador que aprovechaba cualquier situación para transmitir sus opiniones de los más amplios campos del conocimiento o de aspectos sociales en los que siempre se sintió muy implicado. Don Pedro desarrollaba una jornada laboral en el Departamento Anatómico desde horas muy tempranas por la mañana hasta muy avanzada la tarde o entrada la noche. Leía en su austero despacho y sólo interrumpía sus lecturas con la asistencia a las clases, la enseñanza práctica en la sala de disección, sus valoraciones al microscopio o su café en las dependencias del Microscopio electrónico del Departamento, a media mañana, donde se reunía generalmente con Mari Cruz Coca, la Técnico Teresa Martínez, al principio con José Manuel Vázquez y últimamente con Santiago Rodríguez, cita a la que de forma más esporádica nos incorporábamos otros para gozar de la compañía de don Pedro.

Si alguna cualidad podríamos destacar de don Pedro, considero que podría ser su sentido de la justicia que le hacía perseverar en sus principios, al margen de las presiones y maniobras a veces muy frecuentes en el entorno universitario. Ayudaba al que trabajaba y era ajeno a los favoritismos. De esta faceta se podrían contar muchas anécdotas.



Gómez Bosque en la época de senador socialista

Cuando don Pedro se jubiló, fue nombrado profesor emérito por unanimidad siguió, diariamente y de forma puntual, contribuyendo a la docencia en la Facultad de Medicina en la explicación práctica de la Anatomía en la sala de disección a la que acudía diariamente, aunque esto no le impidió realizar una actividad de ayuda social, en principio como Presidente de la Cruz Roja y posteriormente como Presidente de la Asociación para ayuda al anciano, con gran eficacia y efectividad.

Para terminar, recordar, que personas clave en su vida fueron sus hijos Pedrito y María Eugenia y también su esposa doña Eugenia. El haber presenciado sus pérdidas fueron duros golpes en su estado anímico, muy especialmente cuando se tuvo que separar de sus hijos que fallecieron de forma prematura y muy especialmente, por lo inesperado, el caso de María Eugenia.

En los últimos años a la consabida pregunta «¿Don Pedro como se encuentra?». Contestaba; Pues como voy a estar, ¡fastidiado! y no por los dolores físicos, que sí que los

tengo (haciendo referencia a los dolores de tipo ciático que el diagnosticaba como «síndrome de la cola de caballo») sino por la «pena» que tengo que es como si te doliera «el alma»... ya sabes –comentaba– mi mujer, María Eugenia, Pedrito...

Don Pedro nos dejó, pero a los que le conocimos más de cerca, nos dejó un recuerdo imborrable, marcando nuestra vida profesional y formando parte de ella, influyendo de una forma admirable en todos los que tuvimos la suerte de cruzarnos con él.

Dejó numerosas aportaciones científicas, la mayoría en forma de libros de los que se podrían destacar todos, pero que recordamos el libro en colaboración de Neuroanatomía, *El Sistema Nervioso Central* (1968, reimpresión 1978), que ha sido libro de texto en los estudios de Medicina durante años y utilizado por numerosas promociones de Médicos y muchos más de perfil filosófico o de pensamiento como *El problema de la libertad del hombre* (1958), *El concepto de angustia en la filosofía de Martin Heidegger* (1961), *El budismo; su concepción religiosa y filosófica de la vida* (1968), *Tratado de psiconeurobiología* (1987), *Cerebro, mente y conducta* (1998). «

BIBLIOGRAFÍA

RAMÍREZ VILLAFANEZ, A. y PELÁEZ REOYO, T. *Atardeceres con Gómez Bosque*. Editorial Azul. Valladolid, 2000.

VAQUERO, C. *Pedro Gómez Bosque. In Memoriam*. Ate-neo, 2008.



Pasando revista a las tropas de la Cruz Roja en la Plaza Mayor de Valladolid

RESURRECCIÓN (PARTE SEGUNDA)

Prof. Ana Sánchez García

[Catedrática de Fisiología y antigua alumna interna de la Facultad de Medicina de la UVA]



Centro de Estudios Científicos Superiores

El verano, siempre parco en noticias y novedades, tenía en mis tiempos de estudiante una sola obligación: permanecer una semana como alumna Interna en el Servicio de Urgencias de nuestro viejo hospital del que ya conocen algún detalle. Respecto a estas estancias de días calurosos y noches interminables, se me vienen a la memoria algunos recuerdos.

Uno de ellos tiene una fecha célebre: **11 de septiembre del 73**. El drama sucedía en Chile, país del que yo apenas sabía nada. Fue el interno F. Sáinz, «rojo» y competente a partes iguales, el que me explicó: «Chile es un país pobre

y democrático en el que se dio un vuelco electoral en el 70 a favor de una coalición de la izquierda hace algunos años. Así que a partir de hoy, lo que empezó como un modelo a seguir por otros países en Sudamérica ha fracasado».

En efecto, Salvador Allende, un socialista de vieja data vapuleado en tres elecciones presidenciales anteriores fue el candidato oficial de la izquierda. Ganó las elecciones presidenciales del 70 y llevó las riendas del país durante varios años, con graves dificultades económicas por los boicots y huelgas protagonizadas por una derecha tradicional, alentada desde Estados Unidos.

Qué poco podía imaginar yo que, en aquel difícil momento, dos colegas que luego conocí en Cambridge estaban gestionando su salida posdoctoral, siempre temerosos de que sus cartas de recomendación fuesen interceptadas o que el toque de queda les sorprendiera en sus últimas gestiones. Ellos consiguieron salir a Europa y formarse lejos para regresar después como directores del Centro de Estudios Científicos Superiores (CECS) de Valdivia que ofrece programas de investigación con nivel internacional en Biología Celular, Física Teórica





y Glaciología a los estudiantes y habitantes de esta región austral del planeta y a los científicos de todo el mundo que lo visitan.

<http://www.cecs.cl/website>

Como he podido comprobar personalmente en alguno de mis viajes recientes, el CECS es un centro magnífico, así como sus profesores y alumnos. Los programas de formación y divulgación que ofrecen abarcan temas tan amplios que van de las dimensiones del universo al cambio climático, pasando por la resistencia a antibióticos. Yo diría que, con los años, se ha convertido en un centro de referencia científica en Chile y que tanto sus edificios como la recientemente inaugurada «Costanera de la Ciencia», añade categoría y estilo a la línea de horizonte de Valdivia. De ello dan fe las publicaciones, los hallazgos científicos y también los comentarios de colegas, como el que escuché recientemente a una científica argentina en una cena: «En ciencia, como en otras cosas, los chilenos nos pasaron la bayeta».

Sin embargo, cada vez que veo la película *Missing* de Costa Gavras siento la angustia, el miedo y la decepción que sufrieron un gran número de chilenos en aquel momento y, aunque me alegro de que mis amigos pudiesen superarlo, me entristece pensar en aquellos que no lo lograron o que sufrieron graves consecuencias después de aquel fatídico 11 de septiembre en Chile.

Ha habido después otros «11S» más espectaculares y, sin duda, críticos para el mundo que nos ha tocado vivir, pero aquel del que yo tuve conocimiento una tarde en el viejo hospi-

tal de Valladolid y que luego la vida me dio la oportunidad de conocer más de cerca, nunca lo olvidaré.

POST SCRIPTUM

Después de enviar «Resurrección (parte segunda)» a la revista, un huracán social y político ha azotado las calles de Chile. Vargas Llosa en su artículo «El Enigma Chileno» publicado en *El País* el domingo 3/11, lo compara a los chalecos amarillos de París porque Chile, nos dice, está más cerca del primer mundo que otros países latinoamericanos. Sin embargo, yo no he podido dejar de pensar en otra película que les recomiendo: Se trata del documental de Michael Winterbottom basada en el libro de Naomi Klein «la doctrina del Shock» (<https://www.youtube.com/watch?v=tr78G300hb8>).

El documental habla de una investigación sobre el capitalismo del desastre, basado en la idea de que el capitalismo neoliberal se alimenta de los desastres naturales, de la guerra y el terror para establecer su dominio. Estas tesis que partieron de la escuela de Economía de Chicago fueron lideradas por el Premio Nobel de Economía Milton Friedman y absorbidas después por los «Chicago Boys» que Pinochet envió como aprendices de «la nueva economía» después del golpe.

De pronto todo nos parece irreal y amenazante. Parece ser que el concepto de «lo público» (sanidad, educación, pensiones...) está aún poco implementado en Chile. ¿Fue la Resurrección de Chile en realidad un sueño perturbador? <<

SANTA CRUZ (1975-1980): UN COLEGIO MAYOR SINGULAR

Arcadio Gual

[Excolegial de Santa Cruz. Catedrático de Fisiología de la Universidad de Barcelona]

Llegué a Valladolid el 9 de febrero de 1975, esto es, al día siguiente del «cierre» de la Universidad de Valladolid. Llegaba a Valladolid con la intención de hacer el Doctorado en el Departamento de Fisiología y Bioquímica de la Facultad de Medicina y me instalé –mi Jefe ya había hecho la oportuna reserva– en el Colegio Mayor Santa Cruz. El Colegio estaba, y está, situado muy cerca de la Facultad de Medicina en la que iba a trabajar, lo que agregaba comodidad en mis desplazamientos al laboratorio de la Facultad de Medicina. Era de suponer que si pensaba vivir en Valladolid durante los años de la tesis, era prudente empezar a vivir en el Colegio Mayor y, desde allí, cuando conociera mejor la ciudad, podría buscar un alojamiento más conveniente. La realidad no fue esa, sino que me quedé en el Colegio casi cinco años hasta que marché a Salt Lake City (USA), concretamente a la *University of Utah*, para realizar en ella mi *post doc*.

Vivir cinco años en Santa Cruz da credenciales para contar o, quizá mejor, novelar más de una anécdota. La memoria es frágil y pido disculpas por si algún pasaje de mis recuerdos no se ajusta completamente a los de otros compañeros que vivieron los mismos acontecimientos.

Hay algunos elementos de las vivencias de Santa Cruz entre los años 1975 y 1980 que marcaban o dibujaban el contorno del Colegio. Uno era el director, Don Jesús García Fernández. Otro elemento del inmueble era el conserje o bedel: Goyo. Y el más sonoro de todos, para terminar, la campana del claustro de Santa Cruz. Déjenme dibujar cada uno de dichos elementos con alguna historia cercana a la realidad.



Fachada del edificio del colegio

Dibujo primero: Del director

Don Jesús García Fernández, Catedrático de Geografía de gran reputación en su área de conocimiento, dirigía el Colegio cuando yo llegué y allí le dejé de Director cuando me fui. No me consta dónde había nacido pero, como «el buey es de donde paca, no de donde nace», era claro que encarnaba las características más tópicas de un castellano viejo. Distante en la apariencia, no muy hablador pero sentencioso cuando hablaba, recio en lo espiritual, austero hasta la heroicidad y estoico en lo moral. Amén de repetirme, si tuviese que señalar una sola de las citadas características, no tendría duda: austero hasta la heroicidad. Según como se valorase su conducta se la podría calificar de intolerante, pero tengo para mí que simplemente defendía, eso sí, de forma radical (castellana), una posición firme frente a sus convicciones e ideales. Para el Director, los cambios sociales



Documento fundacional del Colegio de Santa Cruz de Valladolid, expedido por don Pedro González de Mendoza por el que instituye el Colegio de Santa Cruz. 21 de noviembre de 1483

que en aquellos momentos se vivían en la universidad no eran más que modas. No creo que nunca, ninguna moda le cautivase o preocupase; las modas, como tales, serían siempre pasajeras y por tanto, pronto o tarde, se recuperará la sensatez. Bastará una sola frase para dibujar al director. No es fácil olvidarla y podría asegurar que todos los colegiales oímos pronunciar al director estas cinco palabras: «La ley es la ley». Tiene miga la frase, ya que la pronunciaba con desapego, como diciendo, «no, si yo no estoy de acuerdo con la ley, pero si de mí depende, la haré cumplir caiga quien caiga».

Permítanme algún ejemplo. Llegó un compañero nuevo, joven profesor de la Universidad de Sevilla, para una estancia de algo más de un mes en la Facultad de Derecho de Valladolid. Llegó de mañana, se alojó en la habitación que le asignaron y se fue a la universidad para volver a la hora de la comida. En Santa Cruz se comía, si no recuerdo mal, de 13.30 h a 15:00 h, siempre según el toque inicial y final

de la campana del claustro que se tañía mediante una larga cadena. Valga ya adelantar que las encargadas de tañer la campana eran las manos de Goyo, el bedel. Lo hacía de forma cronometrada, ni un segundo más ni uno menos. El compañero de Sevilla llegó, aproximadamente, a las tres menos cinco y atravesó todo el comedor, para recoger la bandeja del almuerzo. Justo al pasar por delante de la mesa del director, le separaban el pasillo y dos mesas. Este tomó la palabra y en voz alta le dijo:

«Hoy no podrá comer con nosotros, la campana suena a las tres».

El sorprendido profesor miró su reloj y se atrevió a decir que aún no eran las tres y que la campana todavía no había sonado. Pero el director replicó:

«Sí, ya sé que no ha sonado, pero sonará».

Tanto el profesor como el resto de colegiales observábamos la situación con más incredulidad que sorpresa y no llegábamos a entender cuál era el problema. Desgraciadamente para el profesor, la cuestión la desveló el director al percibir que nadie caía en lo que a él le parecía evidente y dijo:

«No se puede entrar al comedor con el calzado deportivo que lleva usted.

Por mucho que corra a cambiárselo, si vuelve ya habrá sonado la campana. Alrededor del Colegio encontrará varias casas de comida en los que hoy podrá comer».

Y como era de suponer, antes de que el Director terminara estas explicaciones, sonó la campana. La ley es la ley y mientras no la cambien ¡esto es así! Aunque nunca se lo pregunté, tengo el convencimiento que el director nunca se planteó que él que tenía la capacidad de cambiar o, al menos, de proponer el cambio del reglamento del Colegio. Para qué pensar en algo sobre lo que alguien ya había pensado antes.

Los domingos era el único día que no estaba programado mi despertador con la idea, lógica y saludable, de dormir. Siempre que me despierto, sea la hora que sea, ya no me resulta fácil conciliar de nuevo el sueño. Mi habitación, como la de todos los doctorandos, tenía la ventana que se abría a la parte de atrás del Colegio, zona menos entretenida pero que tenía como

mejor cualidad la tranquilidad. Entre otras cosas, desde la ventana se visualizaba el polideportivo de la Universidad de Valladolid y, a la izquierda, un considerable espacio del propio Colegio, que no servía para otra cosa que para aparcar el coche del director. El espacio era grande, 20 coches hubiesen cabido sin dificultad, por lo que el coche del director podía maniobrar con comodidad. Las llaves para entrar en dicha cochera solo las tenían el director y, naturalmente, Goyo. Los domingos a las 8:30 h, justo después de que el director desayunara, se dirigía a la cochera, ponía el coche en marcha y le daba una vuelta por la cochera para que no se entumeciera, ya que lo utilizaba en muy contadas ocasiones. Hasta aquí podríamos loar la conducta del director. Sin embargo, al arrancar el coche tenía que retroceder un par de metros para dar la vuelta y para ello utilizaba la señal acústica, esto es el claxon, haciéndolo sonar dos veces, mec-mec, mec-mec. La consecuencia es que un servidor había terminado su placentero sueño. Ante la repetición sistemática del bocinazo domingue-ro un día me atreví a preguntar al director:

«¿Por qué toca la bocina al arrancar el coche?»

La pregunta no solo no le molestó, sino que sacó su vena docente y me ilustró.

«Código de circulación: Sección xx, artículo yy: al poner la marcha atrás y antes de movilizar el vehículo se utilizará dos veces la señal acústica»

Pero yo repliqué:

«De acuerdo, pero como en la cochera no hay ni puede haber nadie, ¿no le parece que no es necesario?»

Se imaginan cuál fue su segunda respuesta:

«La ley es la ley».

Y se fue. En el código actual de circulación se ha suprimido esta indicación. Yo apostaría a que el proponente que introdujo dicha modificación fue un excolegial de Santa Cruz.

Dibujo segundo: De Goyo

El bedel o conserje del Colegio era Goyo. Enjuto, de verbo fácil y de conducta recta donde la hubiese, era el complemento del director. Si el director era obsesivo de la Ley,



Patio del Colegio

Goyo estaba obsesionado con cumplir tanto las órdenes del director como el reglamento del Colegio. Su voluntad respecto a las directrices del director era igual a las de un *Kamikaze*, de modo que si hubiese sido necesario, su incondicionalidad le hubiese llevado hasta la muerte. En cualquier caso habría que distinguir entre Goyo y el director. Por supuesto que no me refiero a las evidentes diferencias entre la posición de bedel y la de catedrático. Me refiero a la diferente manera de cómo entendían los dos personajes el Colegio. Goyo era el Colegio. Se sentía una piedra más del edificio. Sin embargo, para el director la Dirección del Colegio era un trabajo que cumplía, faltaría más, con la máxima rigurosidad; pero era solo un trabajo. Pero volvamos a Goyo y describamos alguna de sus conductas, que es lo mismo que describir cómo era el Colegio. Una de sus principales responsabilidades era tocar la campana situada en la parte superior del claustro del Colegio. La campana era parte de su vida. Se acercaba a ella minutos antes de que fuera la hora de cada toque, desayuno, almuerzo, cena y silencio. Con la mano derecha en la cadena y un reloj con cronómetro en la mano izquierda, esperaba el segundo exacto para tañer la campana. Un día hablando con Goyo me indicó su preocupación por disponerse para un trabajo que tenía su enjundia y para el que, por tanto, debía prepararse adecuadamente.

«¿Puedo ayudarle?» –Le pregunté con amabilidad y ganas de ayudar. Con rotundidad y solemnidad respondió:

«Es imposible que con su juventud pueda ayudarme.»

Seguí insistiendo en cuál era el motivo de su preocupación.

«Verá, ya estamos casi en Semana Santa y con tanto trabajo no he podido preparar los toques».

¡Ah! –Respondí yo–, ya me imagino que los toques de Semana Santa deben ser distintos.

Su cara mostró la clara evidencia de que yo, con mi juventud, no solo era un pollino, sino que era un ignorante, y decidió ilustrarme:

«Mire usted, los toques son los mismos, no se pueden cambiar, lo que es diferente no son los toques, lo que cambia es el instrumento y un instrumento diferente, sin el entreno necesario, siempre es difícil de modular y tocar con la corrección necesaria».

«Y ¿si no toca la campana, qué instrumento utilizará usted en semana santa?». No me respondió. Decidió que a un ignorante era mejor mostrarle el instrumento que darle explicaciones. Se fue y minutos más tarde vino con una «carraca» grande. Les aseguro que era muy grande, jamás había visto una igual.

Si algo hacía bien Goyo era hablar. Castellano correctísimo, con palabras de poco uso pero utilizadas en su lugar y momento adecuado. La conserjería, su cubículo específico, era grande y daba para realizar tertulias, siempre más calentitos que en el frío claustro de Santa Cruz. Todos los alumnos disponíamos de una casilla donde recibir avisos o el correo. La conserjería era realmente una sala de reuniones en las que Goyo era el actor principal. Un día llegó un matrimonio –a la legua se veía que eran padres de algún alumno–, al que Goyo salió a recibir con su porte majestuoso, elegante y servicial.

«¿Qué desean ustedes? La casa no se puede visitar, no es un museo, esto es el Colegio Mayor Santa Cruz, fundado por el Cardinal Pedro González de Mendoza en tiempos de los Reyes Católicos».

«No –se apresuró a puntualizar el matrimonio–, somos los padres de fulanita, de Villalón».

–Villalón de Campos– replicó Goyo. Sí, de Villalón– dijeron ellos.

Se lo pusieron en bandeja. A Goyo le faltó tiempo para poner la mano izquierda en el bolsillo de la americana, asomando el dedo pulgar, mientras que movía la derecha para agrandar la perorata que aquellas buenas gentes, estaba claro, no le habían solicitado.

«Sabrán que Villalón es una noble villa que auspiciaron los Condes de Benavente, esto es, Señores de Pimentel, y que poseen ustedes en la plaza el «Rollo jurisdiccional» más importante de España».

«Sí, sí, esto ya lo sabemos, pero nosotros queríamos ver a nuestro hijo».

Y aquí empezó la segunda parte del discurso:

«Ahora le llamaremos, pero ciertamente, con ustedes quería hablar. Su hijo, no es mal chico, pero no me estudia. Sale por las noches y no sé cuándo vuelve –yo no hago el turno de noche– pero vayan ustedes a saber. No deberían dejar de poner orden en un chico majo, eso sí, pero que ha de volver al redil».

Creo recordar que el discurso se alargó un «mucho bastante» mientras los pobres padres, atónitos, no salían de su asombro. Naturalmente, cuando apareció el chaval, muy majo por cierto, le cayó una descomunal bronca de sus padres. Una vez se fueron padres y chaval, le dije a Goyo:



Colegio de Santa Cruz, posee dos campanas pequeñas de cuartos y una de horas (detalle fachada). © M. J. Gutiérrez Martín. Archivo Gráficas Gutiérrez Martín

«¿No se ha pasado usted?»
 Y mirándome con seguridad me dijo:
 «No sé cuál es su escala de valores, pero yo siempre velo por la juventud».
 Cogió la bicicleta y se fue.

Dibujo tercero: De la Campana

Ya he hablado de la campana, elemento central del Colegio. Por ello, por ser central, era objeto de comentarios, burlas, o permanentes observaciones de todos los colegiales pero especialmente de los más jóvenes. Que si la vamos a romper, que si quitaremos la cadena, que la envolveremos en una tonelada de algodón o no sé cuántos comentarios se pudieron oír. Una noche –serían entre las dos y las tres de la mañana–: *tan-tan-tan, tan-tan-tan, tan-tan-tan*. Naturalmente al día siguiente el comentario en todas las mesas del comedor era «¿Habéis oído la campana?» Las noches siguientes, se repitió el suceso: *tan-tan-tan, tan-tan-tan, tan-tan-tan*. Los comentarios iban a más y lo que empezó como una broma se fue haciendo pesado. Después de diez días de campana viene, campana va, el director empezó a mosquearse y el alumnado a dividirse.

«¿Quién será el que nos despierta cada noche?» –pensaban los alumnos. «¿Quién será el que desacata la autoridad y el orden?» –pensaba el Director. Las medidas para descubrir al que tocaba la campana fueron diversas, pero el resultado infructuoso. El vigilante de noche tenía dos cometidos. Uno de ellos, naturalmente, era vigilar. El otro cometido era el de abrir la puerta de noche a los colegiales que llegaban pasadas las 11 h, que era cuando se cerraba la puerta del jardín, la principal. La puerta de noche estaba situada en el edificio adjunto, donde estaban las habitaciones más nuevas y que daban directamente a la calle, frente a un bar de grandes tertulias. Si relato esta disposición es para que puedan imaginar que la puerta de noche se encontraba un tanto apartada del edificio viejo y por tanto lejos del claustro. La situación se tensó considerablemente y la verdad es que no era de fácil solución. El director anunció grandes castigos para el o los responsables, y me consta que ofreció prebendas a algún posible delator. ¿Cómo era posible que, estando el vigilante atento no se pudiera descubrir el que tiraba de la cadena de la campana? ¿Lo hacía desde el patio o desde el primer piso?

Si el vigilante estaba en un piso no era tan fácil vigilar el otro nivel. Además, el vigilante, de vez en cuando, cuando llegaba un colegial, tenía que ir a abrir la puerta de noche desplazándose considerablemente del claustro donde estaba la campana.

Creo que a pesar de considerarme un ordenado investigador, nunca hubiese sido un buen policía, pero la casualidad hizo que descubriera al tañedor. Ciertamente era que el asunto necesitaba de varios colaboradores pero el que tocaba la campana siempre era el mismo y, tal como lo tenían organizado, era muy difícil descubrirle. Una noche de domingo, llegué a Santa Cruz sobre las tres de la mañana y no me atreví a llevar el coche al parking, de modo que lo dejé en frente del Colegio, muy cerca de la puerta de noche. Antes de salir del coche oí la campana y decidí esperar. Justo llegó un colegial que tocó el timbre de la puerta de noche con gran insistencia y, sorprendentemente, acto seguido se fue corriendo. No había pasado ni medio minuto cuando sonó la campana y a continuación, desde el balcón del primer piso del edificio viejo, justo desde la ventana más cercana a la campana, se descolgó una cuerda y bajó por ella un colegial que llegó justo a la puerta precisamente cuando el vigilante la abría. El colegial le dijo:

«Qué, ¿han vuelto a tocar la campana?».

El vigilante de noche, nunca llegó a imaginar que aquél que llegaba tarde al Colegio era precisamente el que acababa de tocar la campana. Y aún se remató la historia con un complemento. Una vez entró por la puerta el colegial que acababa de tocar la campana, apareció de nuevo el que había tocado el timbre y entró al Colegio mediante la cuerda, naturalmente. Es la primera vez que cuento esta historia y creo que ya no les castigarán.

Sirvan estos tres dibujos para ilustrar, solo en parte, lo que era la vida en Santa Cruz. Ya sé que no sería muy diferente de la de otros Colegios, pero un profesorado tan sólido como el que convivía en Santa Cruz, un espacio con tanta historia, y unos personajes que, cada uno a su manera, ayudaban a estudiar, tampoco eran tan frecuentes. Santa Cruz era uno más de los Colegios Mayores que se desparramaban por Valladolid pero no era como los demás, Santa Cruz era un Colegio Mayor singular. <<

AGUSTÍN JIMENO VALDÉS:

ITINERARIO VITAL DE UN PSIQUIATRA HUMANISTA

Natalia Jimeno Bulnes
[Profesora titular de Psiquiatría de la UVA]

En mayo de 1978 se incorporó el entonces Dr. Agustín Jimeno Valdés al Hospital Clínico Universitario –y posteriormente a la Facultad de Medicina de Valladolid–, en cuyos Servicio y área de psiquiatría, respectivamente, permaneció hasta su jubilación el 30 de septiembre de 2005. De raíces vallisoletanas y segovianas, fue hijo único y perdió a su madre a las pocas semanas de su nacimiento en Valladolid. Esta circunstancia explica quizá la especial vinculación tanto con su padre, también psiquiatra –el Dr. Agustín Jimeno Cattáneo– como con sus tías y abuela materna, con las que convivió gran parte de su infancia.

Efectivamente, como relata en sus memorias profesionales (1), su primer contacto con la psiquiatría se produjo hacia los 10 años de edad, en Quitapesares, el recientemente inaugurado Manicomio Provincial de Segovia, finca extensa próxima a la Granja de San Ildefonso. De la mano de su padre tuvo ocasión de conocer –y ser mimado– por alguna de las monjas que atendían a los enfermos, de colaborar en algunas tareas de enfermería y de participar con los internos y personal en algunas visitas y excursiones a los alrededores. Más adelante, hacia los 18 años, comenzó a ayudar, ahora en la consulta privada de su padre, en la aplicación de diversas terapias biológicas, entonces utilizadas incluso en medio ambulatorio.

Una vez finalizados sus estudios primarios y medios en El Colegio San José de Valladolid, cursó los estudios de Medicina y Cirugía en la Facultad de Medicina de la Universidad de Valladolid entre 1953 y 1959. De esta época recuerda especialmente al profesor de Anatomía D. Pedro Gómez Bosque, que promovió una «Academia de Psicología», y al Prof. Jesús Casas Carnicero, en cuyo servicio de medicina interna fue Alumno Interno. También, induda-



El Dr. Jimeno Valdés en su despacho de Jefe de Servicio en el Sanatorio de Conjo, Santiago de Compostela

blemente, al Dr. Villacián, profesor adjunto de patología médica encargado de la docencia de psiquiatría y director del Hospital Psiquiátrico de entonces, que en la actualidad lleva su nombre (1). Durante esta época, el joven estudiante Agustín Jimeno residió en el Colegio Mayor Universitario de Santa Cruz, lugar que le proporcionó espíritu crítico y una sólida formación en diversas disciplinas científicas y humanistas. Sin duda, haber sido Colegial de Santa Cruz fue uno de los mayores orgullos durante su vida, como recordaba el uso habitual de la insignia del Colegio, sobre su immaculado traje azul, en ocasiones especiales.

Tras terminar sus estudios con Premio Extraordinario de licenciatura y con el propósito de realizar su tesis doctoral, se traslada inicialmente al servicio de psiquiatría del Hospital de Atocha de Madrid (Prof. López Ibor), donde asiste y protagoniza con el Dr. López Zanón «un prodigio: la aparición del haloperidol», que durante muchos años se ha mantenido como el fármaco antipsicótico de referencia. No obstante, poco después decide trasladarse como interno en psiquiatría a la entonces denominada Casa Salud Valdecilla¹ de Santander,

¹ Actualmente Hospital Universitario Marqués de Valdecilla.

dirigida por el Dr. Aldama Truchuelo, que supuso un intenso aprendizaje meramente práctico no solo en psiquiatría sino también en neurología y neurocirugía. Como anécdota de esta época, puede indicarse que fue el primer interno en hacer guardia en el Sanatorio Psiquiátrico Nuestra Señora del Rosario, en Cueto (Santander), perteneciente a la Congregación de las Hermanas Hospitalarias.

Sin embargo, su parcial insatisfacción en Santander y su gran interés por Alemania, «meca del espíritu y por lo tanto meca también de mi ulterior formación personal y científica» (1), le impulsaron a solicitar –y obtener– una escasa beca durante un año del Ministerio español de Asuntos Exteriores. Había iniciado el estudio del idioma en el bachillerato y tuvo ocasión de perfeccionarlo en los años siguientes. En todo caso, la beca le permitió investigar en el Instituto Max Planck de Munich (Prof. Peters y Dr. Escolá) acerca de las lesiones cerebrales en pacientes con esquizofrenias –las llamadas entonces esquizofrenias sintomáticas–, tema de su tesis doctoral. Esta fue defendida en la Universidad Complutense y central de Madrid en junio de 1962 y calificada con sobresaliente, siendo posteriormente publicada (2).

Casado por esas fechas, y por mediación de su antiguo compañero del Colegio Santa Cruz Pablo Santamaría, obtuvo una plaza de médico en formación de la especialidad de psiquiatría (*Nerven und Gemütskrankheiten*), en la Clínica Neuropsiquiátrica de la Universidad de Giessen (Alemania), ciudad cercana a Frankfurt am Main. Allí se adaptó bien a la vida y trabajo en el país, y permaneció cinco años formándose en neurología –donde según sus propias palabras tuvo a su mejor maestro, el Prof. Erbslöh–, así como neurorradiología –se convirtió en un experto en la práctica de angiografías– y por supuesto psiquiatría. Así, profundizó por ejemplo en la neuropsicología, la psicopatología fenomenológica –su interés por la esencia de los síntomas psiquiátricos le acompañó toda su vida–, y las técnicas de orientación

dinámica y de relajación, en concreto el denominado Entrenamiento Autógeno de Schultz. Ya como especialista, permaneció un año en el servicio de alcoholismo y toxicomanías del Hospital Psiquiátrico de Heiligenhafen (Alemania), en esta ocasión una pequeña localidad del estado de Schleswig-Holstein, en el norte del país y próximo a Dinamarca.

En 1968 tuvo la oportunidad de regresar a España para incorporarse al Hospital Psiquiátrico de Pamplona –dirigido por el Dr. Soto Yarritu– como Jefe de Rehabilitación y Psicoterapia. Sin embargo, la escasez de medios y recursos limitaron, en su opinión (1), esta función, y dirigió su actividad al alcoholismo, por ejemplo por medio del fomento de terapias de grupo y organizaciones como Alcohólicos Anónimos. Plasmó además su trabajo en algunas publicaciones pioneras en nuestro país en este campo (3). Fue profesor de psicología y psiquiatría en la Escuela de Asistentes Sociales, dependiente entonces del Obispado. También en Pamplona impulsó la formación del «Grupo de Trabajo de Psiquiatría Asistencial del Norte de España», constituido por profesionales de Navarra, País Vasco, Asturias y las actuales Cantabria y La Rioja.

Después de su trayectoria laboral por Madrid, Santander, Giessen, Heiligenhafen y Pamplona, fue Santiago de Compostela la última ciudad en la que vivió antes de regresar a Valladolid, su ciudad natal. Efectivamente, durante 6 años (1972-1978) desempeñó su labor en el inmenso Sanatorio de Conjo, del que llegó a ser director



Reunión del Servicio de Psiquiatría del Hospital Clínico Universitario de Valladolid en el Casino de Boecillo (Valladolid), para conmemorar los 10 años de la docencia MIR. El Prof. Jimeno está en la primera fila, tercero por la derecha



Entrega de la medalla conmemorativa de la Facultad de Medicina por los 25 años de servicio. Se observan también al Prof. S. García (decano de la Facultad), el Prof. Marañón y el actual decano (prof. J. M. Fernández Gómez)

médico. Con el Dr. Montoya, director gerente del mismo, y otros compañeros, sufrió los avatares de promover la Reforma Psiquiátrica en el centro, lo cual permitió reducir el número de enfermos de 1450 a 850. «Fue ante todo una época de tremendo trabajo e innovación, de tremendas ilusiones y también desencantos...» (1). Sus recuerdos de esta difícil época se reflejan con detalle en sus memorias profesionales, incluido el terrible incendio que en julio de 1975 asoló el hospital y causó siete muertos (1). Digamos aquí tan sólo que además de las reformas arquitectónicas y funcionales del centro, algunas actividades en las que participó el Dr. Jimeno fueron: elaboración de historias clínicas individuales, evaluación y en su caso alta de enfermos, organización sectorial de la asistencia tanto intra como extra hospitalaria, consultas en los llamados dispensarios (que requerían también reuniones con familias, visitas domiciliarias, seguimiento y control de pacientes que no acudían a consulta, actividades de divulgación a la población de la zona...), etc., etc.

Como decíamos al principio de estas líneas, el Dr. Jimeno se incorporó en mayo de 1978 al Servicio de Psiquiatría del recientemente inaugurado Hospital Clínico Universitario de Valladolid, dirigido entonces por el Prof. Conde, que era también catedrático de la disciplina. Tuvo allí como compañeros y amigos a los Prof. Rubio y Macías, desgraciadamente ya fallecidos. Desde su llegada, el Dr. Jimeno trabajó con el inestimable Dr. Madrigal de forma continuada en la unidad de hospitalización breve como

jefe de sección, donde instauró hábitos como la reunión del personal a primera hora, para intercambio de información acerca de los ingresos y otros pacientes, o la posterior en la cafetería, en la que con frecuencia se comentaban de forma distendida aspectos profesionales, científicos o personales. Con ambos, los doctores Jimeno y Madrigal, han iniciado su aprendizaje en psiquiatría muchos de los actuales psiquiatras formados en Valladolid. En todo caso, en la época que comentamos (1978 a 2005) múltiples promociones de Médicos Internos Residentes han tenido la oportunidad de entrenarse con ellos, entre otros aspectos, en la exploración psicopatológica, la fundamentación diagnóstica o terapéutica o la redacción de informes clínicos. Mención aparte pueden suponer las diversas sesiones formativas organizadas a lo largo de los años (aprendizaje de nuevos sistemas diagnósticos, ponentes invitados, temas especializados y de disciplinas afines, cursos de doctorado...). Fruto de uno de estos cursos es su libro sobre la consciencia (4). Era además un participante regular de las sesiones clínicas, en las que después de escuchar atentamente, expresaba de forma pausada sus precisas aportaciones o sugerencias. Por otra parte, durante años elaboró periódicamente una lista de lecturas recomendadas a los MIR, basada por supuesto en su experiencia e intereses.

En cuanto a su actividad docente como profesor de psiquiatría en la Facultad de Medicina de la Universidad de Valladolid, fue en 1983 cuando obtuvo la plaza de profesor titular por oposición, después de algunos cursos precedentes como interino. Pudo así desarrollar su pasión por la docencia, no solo en un entorno formal como el académico, sino también en cursos y conferencias diversas, sesiones de divulgación, etc. Sus sucesivas promociones de alumnos han podido observar cómo plasmaba ideas y conceptos en esquemas y anotaciones diversas, primero en la pizarra tradicional –su medio preferido–, luego en transparencias y en los últimos años, cómo no, en presentaciones PowerPoint.

En esta etapa se interesó en particular por diversos aspectos de las esquizofrenias y la psicopatología, como muestran algunas de sus publicaciones (5-12). Su amplia cultura y gusto por el conocimiento se manifestó por ejemplo en el interés por temas humanistas, el nuevo paradigma científico del orden y caos, o contactos con profesionales de diversas disciplinas en España y en el extranjero, como los profesores de filosofía de la Ciencia B. Kanitscheider, de Giessen (Alemania) o de psiquiatría H. D. Brenner, de Berna (Suiza), habiendo permanecido como invitado en ambas universidades. Un reciente trabajo de su discípulo Martín Vargas analiza las contribuciones de su psicopatología integral para resolver cuatro problemas de la psiquiatría (13). Su actividad científica continuó después de su jubilación en septiembre de 2005, fundamentalmente por medio del Colegio de Psiquiatras Eméritos de la Fundación Española de Psiquiatría y Salud Mental.

De carácter riguroso y tranquilo, aparentemente introvertido, apreciaba compartir sus múltiples conocimientos o experiencias con un estudiante o profesional interesado. Fue en su infancia y adolescencia un lector precoz y ávido, afición que mantuvo toda su vida en varios idiomas, y que aplicó a textos científicos, humanistas, históricos, poesía, etc. Además de su producción científica, fue también un prolífico escritor, como lo muestran sus memorias profesionales y personales, numerosos artículos en prensa y de opinión, conferencias, relatos, reflexiones, poemas... Igualmente se interesó por desentrañar el mecanismo y funcionamiento de todo tipo de aparatos y utensilios. En años posteriores, disfrutó también de los avances de la tecnología e informática, sorprendiendo más de una vez a su familia con múltiples aplicaciones y herramientas. Conductor infatigable, disfrutaba viajando a los pinares castellanos y playas norteñas.

El Prof. Jimeno Valdés fue simplemente un médico dedicado a lo largo de su extensa vida a la asistencia, docencia e investigación en psiquiatría, con un amplio espectro de intereses tanto científicos como filosóficos y humanistas. Trabajó con psiquiatras, psicólogos, personal de enfermería, asistentes sociales, terapeutas ocupacionales... Por ello experimentaba una gran satisfacción ante cualquier muestra de agradecimiento o reconocimiento de antiguos pacientes, estudiantes, residentes o compañeros. Y él mismo expresa en sus memorias profesionales

su gratitud a todas aquellas personas que contribuyeron a su formación o bienestar.

En su última clase en la Facultad de Medicina desveló a los estudiantes de psiquiatría su secreto personal: «Me voy con el mismo entusiasmo con el que vine a Valladolid», pues «el éxito de la vida consiste en hacer con gusto lo que uno tiene que hacer». Clase que fue aplaudida espontáneamente y con entusiasmo por todos los asistentes... incluida yo misma. ◀◀

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- JIMENO VALDÉS, A. *La psiquiatría que yo he vivido (1955-1978)*. Valladolid: Editorial Fuente de la Fama; 2018.
- JIMENO VALDÉS, A. *Estudio clínico y anatómico cerebral de las formas esquizofrénicas sintomáticas*. Rev Psiquiatr y Psicol Médica Eur y América Lat. 1965;VI(8):585-98.
- JIMENO VALDÉS, A. *Alcoholismo en Navarra. (Epidemiología 1969, 1970, 1971)*. Arch Neurobiol (Madr). 1973;XXXVI(5):393-410.
- JIMENO VALDÉS, A. *Consciencia, conscienciación y psico-socio-patología*. Valladolid: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Valladolid; 1985.
- JIMENO VALDÉS, A. *La memoria, función-eje*. Arch Neurobiol (Madr). 1978;XLI(5):351-70.
- JIMENO VALDÉS, A. *Karl Jaspers y la actualidad del análisis asistencial en psiquiatría*. Folia Humanística. 1980;XVIII(212):547-57.
- JIMENO VALDÉS, A.; MATEO, I.; RÍOS, B.; MORÍNIGO, A. y LÓPEZ, M. N. *El Inventario Psicopatológico de Frankfurt. Presentación inicial*. Actas Luso Esp Neurol Psiquiatr Cienc Afines. 1984;12(2):115-20.
- JIMENO, N.; JIMENO VALDÉS, A. y VARGAS, M. L. *El síndrome psicótico y el Inventario de Frankfurt. Conceptos y resultados*. Barcelona: Springer-Verlag Ibérica; 1996. 184 p.
- JIMENO, N.; JIMENO VALDÉS, A.; LÓPEZ, M. N. y VARGAS, M. L. *Psychopathological verbal expression of self-perceived stress in three groups of psychotic patients*. Psychopathology. 1997;30(1):39-48.
- JIMENO, N.; JIMENO VALDÉS, A.; LÓPEZ, M. N. y VARGAS, M. L. *A psychopathological study of substance-induced psychoses in a sample of Spanish patients*. Eur Addict Res. 1997;3:173-83.
- JIMENO VALDÉS, A. *Psicopatología actual: problemas y conjeturas*. Valladolid: Secretariado de Publicaciones e Intercambio Científico e la Universidad de Valladolid; 1998.
- JIMENO VALDÉS, A. *Psicorrehabilitación en el siglo XXI desde 50 años de experiencia*. Rehabil Psicosoc. 2006;3(2):29-36.
- VARGAS, M. L. *La psicopatología integral de Agustín Jimeno Valdés: contexto y conceptos*. Neurosciences and History. 2018;6(3):74-84.

UN MOMENTO CRÍTICO

EN LA VIDA DE UNAMUNO

Rafael Serrano García
[Profesor de Historia Contemporánea de la UVA]

Miguel de Unamuno y Jugo (Bilbao, 1864-Salamanca, 1936), el intelectual español quizás más relevante y arquetípico del primer tercio del siglo xx, una época en la que esta figura del intelectual nace y se afirma en la esfera pública española, pasó por el momento seguramente más crítico de su vida el 12 de octubre de 1936 en el acto solemne de apertura de curso celebrado en el paraninfo de la Universidad de Salamanca, ya en plena Guerra Civil, que coincidía, por otra parte, con la fiesta de la Hispanidad (que él mismo había criticado años antes, mostrándose disconforme con su enfoque como «fiesta de la raza», asociando su crítica a la ideología racista de la Alemania nacionalsocialista).

Pero la presidencia del acto por el catedrático bilbaíno se justificaba en que, tras ser destituido por el gobierno republicano –por un decreto de Manuel Azaña– había sido repuesto en el cargo de rector por la Junta de defensa nacional, el primer órgano de gobierno de los militares sublevados contra la República en julio de 1936, habida cuenta de la sintonía que había mostrado con los generales rebeldes, fruto de su desapego o desamor hacia la última trayectoria de la República, un régimen que sin embargo él mismo tanto había contribuido a traer (hay que evocar la expresión *República de los intelectuales*, asociada a su llegada, el 14 de abril de 1931). Y que en abril de 1935 le había impuesto la banda de «Ciudadano de honor de la república». El repudio de la «barbarie roja» o la defensa de la civilización occidental y cristiana en peligro, argumentos ciertamente poco originales, figuraron entre los que la máxima autoridad del Estudio salmantino utilizaría para justificar su adhesión al Movimiento nacional y su respeto e incluso admiración hacia Francisco Franco.

Todo lo cual no dejaba de chocar fuertemente, no solo con su anterior militancia republicana que le había conducido al destierro en la isla de Fuerteventura y al exilio posterior en París



Portada del libro de Jean-Claude y Colette Rabaté, autores de la última biografía del escritor

y en Hendaya, tan cerca de la frontera con España, sino también con su probado antimilitarismo y pacifismo que venía acreditando desde la guerra hispano-cubana de 1895-1898 y sus críticas aceradas contra las pretensiones de poder de los militares, contra el *fajismo*. O con la libre indagación en materia religiosa que en la trayectoria vital de Don Miguel había sido quizás su seña de identidad más genuina y que no compaginaba en absoluto con la intolerancia propia del nacionalcatolicismo. La convicción, en fin, que el viejo rector siempre había

manifestado respecto del poder de la palabra (frente a las armas) así como su permanente actitud crítica chocaba con el pensamiento monocorde y sujeto a una estricta censura que iba a ser característico de la España nacional. Es cierto que él, al adherirse a la sublevación probablemente pensaba que se trataba de un movimiento rectificador antes que destructor de la República.

Es sobre lo que dijo –o lo que pudo decir Unamuno– en aquel acto sobre lo que los estudiosos no terminan de ponerse de acuerdo. Y esa intervención suya es también la que trae a un primer plano a su figura en la actualidad merced principalmente a la película rodada por Alejandro Amenábar, *Mientras dure la guerra* [que estará en las pantallas cuando este texto se publique] que recrea libremente pero sin demasiado rigor histórico los últimos seis meses de la vida del escritor, fallecido el 31 de diciembre de 1936, apenas tres meses después de su polémico discurso en el paraninfo salmantino. El film se basa, como la mayor parte de las evocaciones del mismo, en el relato que dejó un antiguo profesor de la Universidad de Salamanca, Luis Gabriel Portillo, luego exiliado en el Reino Unido, que no estuvo presente en el acto, pero que ofreció en 1941 una temprana reconstrucción de lo ocurrido y de las palabras que presuntamente habría pronunciado el rector bajo el título de «Unamuno's last lecture», que publicó en una revista británica, *Horizon*. Y que se convirtió en una pieza clave de la leyenda unamuniana gracias al historiador Hugh Thomas quien recogió esa versión en su conocida obra, publicada en 1961, *The Spanish Civil War* (pronto traducida al castellano por la editorial Ruedo Ibérico).

En la versión de Portillo se resaltaba sobre todo el apóstrofe dirigido a los militares sublevados que habría condensado en sus palabras: «Venceréis, pero no convenceréis» (él tenía anotado en su guión: «vencer y convencer») gracias al cual no solo habría rectificado su inicial actitud de apoyo sino que habría recuperado su independencia de criterio y su afán polemista, de que había hecho gala durante su ya larga existencia. Unamuno habría mostrado también su enojo ante las feroces críticas vertidas en el acto contra la «Anti-España» (asociada a vascos y catalanes) que delatarían un nacionalismo estrecho, al tiempo que habría expresado su aprecio hacia la figura de José Rizal, héroe de la independencia filipina y



© Mike Forster/Daily Mail/REX/Shutterstock

Luis Gabriel Portillo (publicada por el «Daily Mail»), antiguo profesor de la Universidad de Salamanca y exiliado en el Reino Unido, responsable de la versión más extendida en el Reino Unido, aunque carente de un apoyo documental, de lo que dijo Unamuno y de lo ocurrido en el acto del Paraninfo

admirada de siempre por él. Seguramente esta última alusión es lo que provocó la violenta reacción contra los intelectuales del general Millán Astray, presente en el acto también, que habría plasmado en la invectiva, que se le atribuye de «¡Muera la inteligencia!».

El problema, sin embargo, es que esta versión no se sustenta –porque no puede hacerlo– en un testimonio fehaciente de las palabras del viejo catedrático, ya que no dejó unas cuartillas escritas con el texto de su discurso y tampoco se conserva la grabación sonora del acto pese a que fue objeto de una retransmisión radiofónica. Tan solo han quedado unas anotaciones suyas en el sobre de una carta que llevaba en el bolsillo y que a modo de guión debieron de servirle para pergeñar sus palabras de cierre a medida que peroraban los oradores que le precedieron. Esa ausencia de una base firme, verificada, de lo que dijo Unamuno y de cómo se desarrolló el acto (puesto que hay también diferentes versiones acerca de quienes intervinieron o de la reacción del público) ha quedado de



«DON MIGUEL DE UNAMUNO, CIUDADANO DE HONOR DE LA REPÚBLICA.—Con motivo de la proclamación de la República y siguiendo el precepto establecido el año anterior, se verificó ayer la designación de Ciudadano de Honor, recayendo la preciada dignidad, por voto unánime de los miembros del Comité, en el glorioso maestro don Miguel de Unamuno, insigne literato y español ejemplar»

manifiesto en los tiempos más recientes en las tesis de algunos investigadores que, sin aportar pruebas concluyentes, han descalificado la versión de Portillo tildando de invención suya las palabras atribuidas al rector y han rebajado el dramatismo de lo ocurrido en la intención de banalizar el acto equiparando las tensiones que pudieron producirse en él a otros incidentes que menudearon en esta etapa inicial de la Guerra.

Frente a estas interpretaciones se ha alzado la ofrecida por dos hispanistas franceses, el matrimonio formado por Colette y Jean-Claude Rabaté, que viene avalada por una larga investigación sobre la vida del escritor vasco que se tradujo en la publicación en 2009 de una biografía que podríamos valorar como canónica y cuyos autores han continuado laborando en torno a su figura y, muy en particular, sobre la última etapa de su vida. Justamente sobre esos últimos meses —de julio a diciembre— han dado a la luz una obra realmente esclarecedora que aunque no despeja todas las incógnitas, sí que ofrece una reconstrucción muy cuidadosa, sustentada en un análisis crítico de las fuentes disponibles. Dicha obra, titulada *En el torbellino. Unamuno en la guerra civil* (Madrid, Marcial Pons, 2018) ha sido escrita claramente en la intención de devolvernos al personaje con todas sus contradicciones —que quizás se hicieron

más evidentes en estos últimos meses de su existencia— pero también mostrando otra vez su fe —como atestigua lo que podemos saber de su discurso— en el poder de la palabra, el instrumento propio del intelectual, lo que llevó a cabo recuperando determinadas constantes como el rechazo de la guerra, el pacifismo o el antimilitarismo. Todo ello permite comprender el revuelo que debió formarse en el recinto universitario cuando su rector prorrumpió en esta reivindicación de la razón frente a la fuerza bruta.

Por lo pronto, Unamuno fue cesado de modo fulminante de su cargo de rector el 22 de octubre. Por la tarde del mismo día 12, cuando acudió a su tertulia del Casino como acostumbraba, se le hizo el vacío y fue tildado de rojo y de traidor. Perdió asimismo su condición de concejal del Ayuntamiento salmantino. Por ello, los últimos meses de su vida los pasó prácticamente recluido en su casa de la calle Bordadores, sumido en una pena infinita y en una reflexión lúcida y amarga sobre España que plasmó en su *Resentimiento trágico de la vida*. Una obra postrera cuya publicación por la editorial Pretextos está anunciada para una fecha próxima y cuya edición ha corrido a cargo también de estos hispanistas franceses, que han podido disponer de un testimonio directo del acto aparecido en los últimos tiempos que puede zanjar la polémica en torno a lo que dijo o no Unamuno, y que confirma su enfrentamiento con el general legionario (será publicado como apéndice de dicha obra). En ella, el ya exrector da marcha atrás respecto de su adhesión primera al Movimiento y resplandece toda su lucidez y espanto ante una guerra fratricida que no sería en realidad de España contra la Anti España, sino la de el país contra sí mismo. También condena de forma inapelable el *atroz desmoché* que estaba afectando en particular a los universitarios.

Ese último giro, si lo asociamos a su marcado distanciamiento respecto de la República que ya había hecho público con anterioridad y que le había valido ataques y descalificaciones en la prensa publicada en la zona republicana, además de su fulminante destitución del cargo de rector, como ya hemos señalado, explican que Unamuno acabara convirtiéndose en «un español desterrado de España» y en una leyenda que, en lugar de decrecer ha ido aumentando con el paso del tiempo como podemos advertir muy bien en los momentos actuales. «

FÉLIX RODRÍGUEZ DE LA FUENTE: EL LICENCIADO EN MEDICINA DE LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID QUE RECUPERÓ LA CETRERÍA

José Manuel Fradejas Rueda
[Catedrático de Filología Románica de la UVa]

En algún momento del siglo VI, o quizá del VII, en el viejo foro romano de Myrtilis (hoy Mértola, Portugal), que se había transformado en un lugar de culto cristiano, se construyó un corredor porticado cuyos suelos fueron decorados con ricos mosaicos de tema mitológico y animalístico de estilo bizantino. De entre todos ellos, o más bien de entre sus restos, destaca uno que representa a un jinete que porta en el brazo izquierdo, enfundado en un grueso guante marrón, una ave de presa. Alrededor de esta figura ecuestre se encuentran un ejemplar de grulla, un ánade real y lo que podría ser una urraca. Esta escena es la prueba incontestable e irrefutable de que la cetrería, es decir, la caza con aves de presa entrenadas, se conocía en la península ibérica y que su práctica era lo suficientemente habitual como para que en un espacio público sirviera como elemento decorativo. Este mosaico venía a apoyar la información de una vieja fuente árabe, del siglo VIII, que indicaba que los reyes godos de Hispania practicaban la caza con halcones, más conocida como cetrería¹.

Esta modalidad cinegética se convirtió en el símbolo prototípico de la nobleza y realeza de toda la Europa medieval y desarrolló pronto una intensa labor científica que se refleja en una riquísima producción libraria² y artística, aunque, a lo largo del siglo XVII, fue perdiendo el favor de los *aficionados*; posiblemente el perfeccionamiento de las armas de fuego pudo estar en el origen de su declive y, aunque entre los muchos oficios de la casa real existía el Gremio de Halconeros de la Real Caza de Volatería, este fue extinguido en 1748 por una orden del



Mosaico do Cavaleiro, Mértola, Portugal

rey Fernando VI³, con lo que se dio por finalizada la actividad cetrera en España.

* * *

En el otoño de 1946 se matriculó en la Facultad de Medicina un tal Félix Samuel Rodríguez de la Fuente, natural de Poza de la

¹ Al Gitrif ibn Qudama al-Gassani. *Traité des oiseaux de vol (Kitab dawari at-tayr). Le plus ancien traité de fauconnerie arabe*, trans F. Viré y D. Möller, Nogent-le-Roi, 2002.

² Badouin van den Abeele, *La Littérature cynégétique*. Turnhout: Brepols, 1996.

³ «Memorial del duque de Frías a Sus Majestades haciendo dimisión del empleo de cazador mayor, por haberse extinguido la real caza de volatería. Otros memoriales sobre el Real decreto de extinción de la caza de volatería, dado por Fernando VI», 17.12.1748; Archivo Histórico de la Nobleza, FRIAS, C. 594, D.7-15.

Sal (Burgos). Este muchacho de 18 años fue, sucesivamente, colegial del Felipe II⁴ (1946-1948), del Reyes Católicos (1948-1950) y del Santa Cruz (1950-51) hasta que se decidió por una pensión vallisoletana para sus dos últimos años de universidad.

Las memorias de José Antonio Valverde (1926-2003)⁵ y la biografía del mismo Félix Rodríguez de la Fuente⁶ hablan de las idas y venidas del joven Félix por Valladolid. Todos los recuerdos apuntan a que el estudio no fue lo que más le llamó la atención; de hecho, el primer año fue un fracaso, por lo que hubo de repetirlo. Sin embargo, acabó la carrera en tiempo y forma, pues a finales de 1953 se presentó al examen de licenciatura. Hay noticias de que participó en la vida colegial. Así, cuando ya era alumno de segundo y colegial del Reyes Católicos, impartió un seminario sobre «Inmunización»⁷ y al año siguiente otro sobre el «Deporte en la historia»⁸, una de sus grandes pasiones.

Tras estudiar la licenciatura en Valladolid, se trasladó a Madrid para hacer la especialidad de Estomatología. Uno de los trabajos que presentó ya mostraba que sus intereses iban por otros derroteros. En la Escuela de Estomatología de la Universidad de Madrid se establecieron en 1954 los Premios Landete en homenaje a Bernardino Landete Agaró (1879-1968), quien había sido depurado como catedrático de la escuela madrileña⁹; Félix obtuvo uno de estos premios durante el segundo año con el trabajo «Técnicas protésicas empleadas por los cetreros del siglo XIV»¹⁰, que se basa a las técnicas de injerto de las plumas quebradas que expone Pero López de Ayala en el capítulo 46 de su *Libro de la caza de las aves*.

Durante un breve periodo de tiempo, entre 1958 y 1960, ejerció como estomatólogo en



Félix Rodríguez de la Fuente
Poza de la Sal (Burgos)

Félix Rodríguez de la Fuente en la Orla de Medicina, 1953

una clínica madrileña, en la consulta del doctor Baldomero Sol, pero abandonó esta actividad por otra que había existido siglos antes: la de cetrero. Esa decisión fue la consecuencia de dos hechos acontecidos durante sus años de estudios en Valladolid.

Los veranos de 1951 y 1952 los pasó prestando sus servicios en Monte La Reina, uno de los campamentos en los que los universitarios españoles debían realizar la Instrucción Premilitar Superior, popularmente conocida como las Milicias Universitarias. Durante el verano de 1952¹¹, en Monte La Reina, se hizo con dos pollos de cernícalo que se criaban en uno de los pinos del recinto militar. Apenas si logró que le vinieran a la mano y revolotearan a su

⁴ En el curso 1948-49 tomó el nombre definitivo, el de Colegio de Santa Cruz.

⁵ José Antonio VALVERDE, *Memorias de un biólogo heterodoxo: Orígenes castellanos. Navegando en descubierta*. Madrid: Quercus-CSIC, 2003.

⁶ Benigno VARILLAS, *Félix Rodríguez de la Fuente. Su vida, mensaje de futuro*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2010.

⁷ *Solemne apertura del curso 1949-50*. Valladolid, 1949, p. 77.

⁸ *Solemne apertura del curso 1951-52*. Valladolid, 1951, p. 32.

⁹ Landete fue reintegrado a su cátedra el 1.8.1949, semanas antes de su jubilación (Luis Enrique Otero Carvajal (dir.), *La destrucción de la ciencia en España. Depuración universitaria en el franquismo*. Madrid: Editorial Complutense, 2006, p. 106).

¹⁰ VARILLAS, *Félix Rodríguez de la Fuente...*, p. 215.

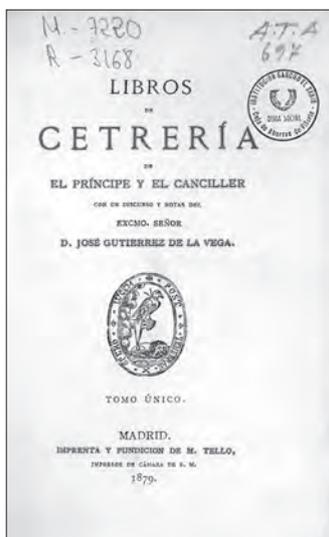
¹¹ VARILLAS, *Félix Rodríguez de la Fuente...*, p. 135 indica que fue durante el verano de 1946 y un poco más adelante que sucedió en 1948 (pp. 146-147), pero eso era legalmente imposible porque el campamento tenía que realizarse durante los veranos posteriores a segundo y tercer curso (J. QUESADA GONZÁLEZ, «Cuadros para la reserva militar franquista: Instrucción Premilitar Superior y Escala de Complemento», en *Fuerzas armadas y políticas de defensa durante el franquismo*, Madrid: Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado, 2010, p. 246); además, la documentación militar demuestra que el primer periodo fue durante el verano de 1951, lo cual cuadra con lo que Varillas dice más adelante, que «En el verano de 1952, ...

alrededor lo que le entusiasmó sobremanera.

De vuelta a Valladolid, para acometer en un mismo año los dos últimos de la carrera, conoció a José Antonio Valverde (1926-2003), un naturalista autodidacta y taxidermista¹² que lo ayudó a capturar su primer halcón entre las almenas del castillo de Fuensaldaña. La aventura tuvo lugar el 18 de marzo de 1953; no fue fácil, pero al final consiguieron un hermoso ejemplar de *Falco brookei*, al que bautizaron *Sacre*.

De vuelta a Valladolid, empezaron su entrenamiento siguiendo las explicaciones de un libro de caza francés que tenía Valverde titulado *La Chasse Moderne*, que incluía un capítulo dedicado a la *Fauconnerie et autorse-rie*¹³. Así aprendieron a hacer un halcón. Tardaron un mes en prepararlo, y el 17 de abril se fueron a la Huerta del Rey para volarlo por primera vez sin fiador. El resultado fue desalentador: *Sacre*, tan pronto como se vio en el aire, sin fiador alguno, decidió tornarse hacia su posadero: las almenas del castillo de Fuensaldaña. Félix tardaría dos años en lograr tener un halcón realmente entrenado para la cetrería, al que llamó *Doncella II*, que presentó en una exhibición en el hipódromo de Lasarte en 1955, durante un curso de ornitología organizado por la Sociedad de Ciencias Naturales Aranzadi (San Sebastián).

Finalizados los estudios en Valladolid, completó el servicio militar, que realizó entre marzo y septiembre de 1954. Durante ese tiempo, como oficial de complemento, alumbró su



primer artículo sobre el tema, titulado «Cetrería», y que publicó en dos entregas sucesivas en la revista *Caza y Pesca*¹⁴, que se basaba tanto en su experiencia adquirida con aquel halcón de Fuensaldaña como con otros que pudieron trampear¹⁵, de acuerdo con las informaciones ofrecidas por Abel Boyer y Maurice Planiol¹⁶.

Se nota, sin necesidad de saberla, que la fuente de Félix era francesa por el sencillo hecho de que usó tres términos no cetreros para referirse a piezas fundamentales del equipamiento: *doble anillo*,

cimbel y *trahilla* para referirse al *doble tornillo*, al *señuelo* y a la *lonja*. A finales de ese mismo año, el léxico cetrero de Félix se enriqueció con los perdidos términos técnicos de los cetreros medievales. Esto fue posible porque frizando las Navidades de 1954 descubrió en la biblioteca del Instituto Nacional de Enseñanza Media de Burgos tres libros publicados a finales del siglo XIX por José Gutiérrez de la Vega, los cuales no devolvería hasta un año y medio después¹⁷. Se trata del *Libro de la montería* de Alfonso XI, que de poco le serviría¹⁸, y *Los libros de cetrería de el Príncipe y el Canciller*. Ahí encontró una mina, pues, en un único volumen, tenía acceso a las dos grandes obras de la cetrería española: el *Libro de la caza*, de don Juan Manuel, y el *Libro de la caza de las aves*, de Pero López de Ayala. Estos dos libros fueron los que todos los cetreros de la península ibérica conocieron y usaron entre los siglos XIV y el XVII, momento en el que dejaron de escribirse los tratados de cetrería y halconería¹⁹.

había sido llamado a filas para su segundo verano de entrenamiento en el campamento de Monte La Reina». Esto concuerda con los recuerdos de José Antonio Valverde («El primer halcón de Félix», *Trofeo*, 167, abril 1984, pp. 16-18) «En el verano del 52 y en Monte La Reina, Félix había criado dos cernícalos que le venían al puño y aquello le tenía entusiasmado» y «Debimos conocernos a fines del 52» (VALVERDE, *Memorias...* p. 161).

¹² José Antonio Valverde ha sido, junto a Francisco Bernís, uno de los grandes biólogos españoles de la segunda mitad del siglo XX. A él se debe la creación del Parque de Doñana. Cf. José M.^a MONTERO, «El padre de Doñana», *El País*, 21.4.2003. También fue uno de los fundadores de la Sociedad Española de Ornitología (SEO), junto con Félix Rodríguez de la Fuente.

¹³ Ha sido imposible identificar este volumen. El más difundido y que coincide con la época que menciona Valverde es *La Chasse Moderne. Encyclopédie du chausser* (París, Larousse), no tiene un capítulo dedicado a la halconería y la azorería, sino que ambas aves las ve como molestias para el cazador.

¹⁴ Félix RODRÍGUEZ DE LA FUENTE, «Cetrería», *Caza y Pesca*, 137 (mayo 1954): 270-272 y 138 (junio): 337-340.

¹⁵ VALVERDE, *Memorias...*, pp. 161-163, 167.

¹⁶ Abel BOYER y Maurice PLANIOL, *Traité de fauconnerie et de autourse-rie*. París, Payot, 1948.

¹⁷ VARILLAS, *Félix Rodríguez de la Fuente...* pp. 164-165.

¹⁸ Pero sí le sería útil a Valverde, que a lo largo de los años se dedicó a recorrer los cazaderos que se describen en el tercer libro de la obra regia. Toda la información que recopiló vio la luz póstumamente en *Anotaciones al Libro de la montería del rey Alfonso XI*. Salamanca: Ediciones de la USAL, 2009.

¹⁹ José Manuel FRADEJAS RUEDA, *Literatura cetrera de la Edad Media y el Renacimiento español*. Londres: Queen Mary & Westfield College, 1998.



Archivo de la Fundación Ramón Menéndez Pidal, a quien agradecemos el permiso para publicarlas

Del libro del canciller Ayala proceden los nombres de dos sus primeros pájaros: *Doncella* y *Botafuego*²⁰, de los que tenemos noticias por el tercer artículo de Félix, «Cetrería: El arte que renace en España»²¹, que es una crónica de los grupos que han surgido en varios puntos de España. En él, además, relata un par de lances con *Lanzarote* y *Doncella*, una *copla* de halcones, al tiempo que ilustra el artículo con una hermosa fotografía de su azor *Botafuego*.

Tras estos artículos, publicó *Cetrería y aves de presa*²², un boletín técnico en el que esboza una historia de la cetrería española y describe uno de sus más queridos proyectos: una estación de cetrería en la que adiestrar las mejores aves de presa y estudiar científicamente las aves rapaces.

Sin embargo, el gran libro de cetrería escrito por Félix, que sustituyó a los viejos manuales medievales y renacentistas de Juan Manuel, Ayala, Sahagún, Vallés, Zapata y Fadrique de Zúñiga, de los que bebió insaciablemente, apareció en 1965 bajo el título de *El arte de cetrería*²³. Es un libro que crearía escuela y se ha mantenido como el libro de cabecera de los cetreros hispanohablantes hasta la actualidad²⁴.

Cuatro años antes fue el asesor cetrero en una de las más grandes producciones de cine histórico rodadas en España en 1961: *El Cid* (Figura 4), cinta protagonizada por Charlton Heston y Sofía Loren y dirigida por Anthony Mann. En dicha producción hubo otro gran asesor, el histórico-literario, al que tuvo la posibilidad de conocer cuando era estudiante en Valladolid. Era Ramón Menéndez Pidal, que no solo impartió una conferencia con motivo del V Centenario del nacimiento de los Reyes Católicos, sino que también participó en algún acto más en el Colegio de Santa Cruz en el que se alojaba Félix²⁵. En este encuentro de 1961 debió de quedar muy impresionado por el sabio filólogo, pues las Navidades de ese año le envió como felicitación una foto de su halcón Don Rodrigo (Figura 5).

En 1953, en Valladolid, comenzó a resurgir la cetrería, y en el año 2009 la Junta de Castilla y León la declaró como Bien Cultural, un hecho que allanó la senda para la declaración de la Cetrería como Patrimonio Inmaterial de la Humanidad, lo que se consiguió en diciembre de 2010 y en lo que la Universidad de Valladolid tuvo algo que ver²⁶. <<

²⁰ «Yo vi al rey don Pedro un halcón baharí mallorquín, que llamaban Donzella, ... Yo vi al rey don Pedro un tagarote que llevaba uno de sus halconeros, ... llamaban al halcón Botafuego», *Libro de la caza de las aves*, versión de J. FRADEJAS LEBRERO y J. M. FRADEJAS RUEDA. Barcelona: Castalia, 2016, p. 119-120.

²¹ Félix RODRÍGUEZ DE LA FUENTE, «Cetrería: El arte que renace en España», *Caza y Pesca*, 160 (abril 1956): 208-209.

²² Félix RODRÍGUEZ DE LA FUENTE, *Cetrería y aves de presa*. Madrid: Ministerio de Agricultura, 1964.

²³ El título es traducción al español del que quizá sea el manual de cetrería más importantes y famoso de la historia, el *De arte venandi cum avibus*, de Federico II, al que accedió por medio de la traducción inglesa de Casey A. WOOD y F. MARJORIE FYFE, *The Art of Falconry being the De arte venandi cum avibus of Fredereick II of Hohenstaufen*. Stanford: Stanford University Press, 1943.

²⁴ Félix RODRÍGUEZ DE LA FUENTE, *El arte de cetrería*. Barcelona: Nauta, 1965; 2.ª edición 1970. En 1986 apareció una edición impresa en México, que es la única se puede encontrar en la actualidad a precio razonable. Las dos primeras ediciones son, hoy, piezas de coleccionista.

²⁵ *Solemne apertura del curso 1951-52*. Valladolid, 1951, láms. XV y XXVI.

²⁶ El Archivo Iberoamericano de Cetrería, www.aic.uva.es, ha sido un proyecto realizado desde la UVa y financiado por el MINECO, HUM2006-0932/FILO y FFI2010-15128.





ARCHIVOS DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE VALLADOLID

ISSN 2659-367X

